

Alguien en la ventana

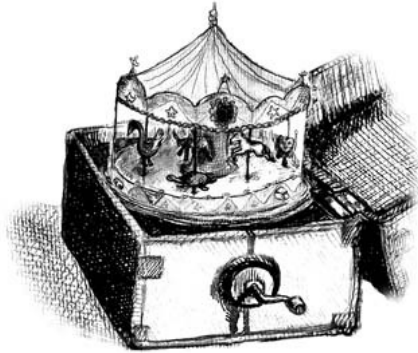
M. B. BROZON

ILUSTRADO POR
JUAN PABLO GAZQUEZ



Alguien en la ventana

M. B. Brozon



Ilustraciones de Juan Pablo Gázquez

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición en español, 2006
Segunda reimpresión, 2010

Primera edición electrónica, 2010

© 2006, Mónica B. Brozon, texto
© 2006, Juan Pablo Gázquez, ilustraciones

D. R. © 2006, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0416-3

Hecho en México - *Made in Mexico*

Acerca de la autora

Mónica B. Brozon egresó de la escuela de escritores de la SOGEM. Se ha destacado como escritora de libros infantiles y juveniles. Con la novela *Odisea por el espacio inexistente* ganó el premio A la Orilla del Viento, otorgado por FCE en 1997. Esta historia la escribió con la colaboración de los niños que participan en la página web www.chicosyescritores.org.

Acerca del ilustrador

Juan Pablo Gázquez estudió artes visuales, fotografía y creación literaria. Actualmente se dedica de tiempo completo a escribir y a dibujar. Con sus peculiares ambientes y personajes nos sumerge en esta historia de miedo y nos provoca escalofríos.



Uno

Ahora Alejandro tenía una recámara mucho más grande que la de antes, eso sí. Las paredes estaban recién pintadas y entraba mucha luz a través de dos ventanas. Si se asomaba por una de ellas, veía el departamento de enfrente, el cual no tenía ninguna gracia porque estaba vacío; si se asomaba por la otra, podía ver, cuatro pisos abajo, lo que antes había sido un jardín y ahora era pura tierra, excepto por una pequeña esquina con algo de pasto fresco y una enredadera que extendía sus ramas por la pared. Su papá había prometido que, dentro de poco, eso sería de nuevo un jardín lleno de pasto, donde pondrían un columpio y, cuando hiciera calor, una piscina inflable.

Pero Alejandro continuaba con la ley del hielo. No les hablaría a sus papás por el resto de la eternidad. Él no quería mudarse y no entendía por qué habían decidido dejar su casa de siempre, en una colonia fuera de la ciudad, si habían sido tan felices allá. Para los once años de Alejandro eso era inconcebible. Simplemente es ilógico dejar una casa donde lo tienes todo para ir a vivir en un edificio viejo y maltratado como éste.

Su madre vio el edicto en el periódico. Esa propiedad había pertenecido a uno de sus antepasados, y se buscaba a algún descendiente para asignarla de nuevo y regularizarla. Alejandro había escuchado decenas de conversaciones entre sus padres, en ellas

hablaban de abogados, prediales y no sabía cuántas cosas más. Pero él no entendía nada de eso. Sólo sabía que por culpa de una tonta herencia de alguien a quien ni siquiera conocían, había perdido su vida, sus amigos y su colegio. Es decir, había perdido su felicidad.

—No sabemos ni quién es esa persona que se murió —rezongaba Alejandro.

—Sí sabemos —aclaró su papá—. Era prima segunda de la bisabuela de tu mamá. Su esposo era arquitecto y construyó el edificio.

—Ah, bueno, ¿y por qué no se lo dejaron a sus propios hijos?!

Los papás se miraron.

—Porque... seguramente no tenían —suspiró la mamá.

—Ojalá —remató el papá.

En efecto, así fue. Durante el periodo de trámites nadie apareció para reclamar la propiedad, todo se llevó a cabo en los mejores términos y finalmente la mamá de Alejandro tuvo en sus manos las escrituras del inmueble, cuya construcción databa de los años cuarenta.

—O sea, es un vejestorio —anticipó Alejandro.

Él conoció el edificio el día en que llegaron a vivir ahí. Entonces entendió por qué sus papás nunca habían querido llevarlo. Hubiera escapado de casa antes de permitirles que lo arrastraran a vivir a ese lugar.

Eran cuatro pisos igual de espantosos, excepto una parte del cuarto, que sólo tenía diferentes, vistas desde fuera, las ventanas nuevas. En el local de la planta baja había un viejo negocio de lavandería, con grandes letreros que algún día fueron amarillos, con la palabra “clausurado” muy borrosa repetida en todos ellos.

Mientras los papás seguían dando indicaciones a los hombres de la mudanza, Alejandro se asomó a la lavandería. Lo poco que pudo ver a través de los vidrios sucios fue un par de hileras de lavadoras separadas por un pasillo y, al fondo un ventanal desde donde entraba

algo de luz. Alejandro, sin tener claro por qué, sintió un escalofrío y se alejó de la lavandería.

Los papás de Alejandro habían decidido ocupar uno de los dos departamentos del cuarto piso —al que le habían puesto las ventanas— antes de llevar a cabo sus grandiosos planes para el lugar. Tenían algunos ahorros y pedirían un préstamo al banco para poder remodelar el sitio y vivir cómodamente de las rentas de los cuatro departamentos restantes y del local.

—Sobran cinco departamentos; seis menos uno, cinco —observó Alejandro; no resistió romper la ley del hielo para aclarar lo elemental de las matemáticas. Total, el resto de la eternidad era mucho tiempo; podía hacer una excepción de vez en cuando.

—¡No, haremos de este piso un solo departamento y tendremos un *penthouse* enorme! —dijo el papá con entusiasmo.

—¡Podemos hacer un solar y poner plantas! —agregó la mamá.

Alejandro sólo se encogió de hombros. A él no le importaban esas cosas. Nada le causaba entusiasmo si no podía compartirlo con sus amigos de la cuadra y de la escuela. Ahora todos ellos estaban demasiado lejos. Sus papás habían intentado convencerlo de que podría seguir viéndolos de vez en cuando, pero él sabía que no era así. ¿Ir a la ciudad? ¿Para qué? Si allá tenían todo, y bajar a la ciudad era garantía de neurosis. Era cierto. Había mucho tránsito, mucha gente, el aire olía mal y molestaba la garganta. A nadie de su antigua colonia le gustaba ir a la ciudad. A él tampoco. Alejandro también sospechaba que ellos no irían más por allá. Y a cada momento esta sospecha se convertía en certeza. Sus padres miraban el lugar como si fuera un gran tesoro. No parecía que quisieran volver a salir de allí jamás.

La tristeza lo llenaba casi por completo, pero Alejandro no quería llorar frente a sus papás. Tomó una de las cajas de cartón con su nombre junto a una carita feliz, que por supuesto no había hecho él, y la llevó a la que sería, a partir de esa noche, su habitación.

Apenas cerró la puerta, las lágrimas empaparon sus ojos. Miró las paredes blancas y brillantes y sólo pudo pensar en un futuro triste y opaco. ¿Qué haría ahora, solo en ese edificio? Sus papás le habían advertido que la ciudad no era como el lugar donde vivían antes. Allí los niños no salían a jugar solos hasta el anochecer: era peligroso. Y también sabía lo difícil que sería asistir a un nuevo colegio a medio año escolar. Los amigos se hacen en los primeros días de clase. Para entonces todos los grupitos estarían formados y él no tendría lugar en ninguno.

Alejandro no derramó demasiadas lágrimas. Pronto la tristeza fue desplazada por el enojo y la preocupación, que le hacían sentir el corazón apretado y un hoyo en el estómago, pero no le provocaban llanto. Suspiró profundamente, como a veces se hace después de un berrinche, y sintió algo de náusea. Era el olor a pintura reciente de esas paredes. La ventana que daba al jardín estaba abierta, pero la otra no, por eso no circulaba el aire. Alejandro tiró de la manija, parecía atascada. Intentó con más fuerza, pero era imposible. Entonces vio una silueta pasar por la ventana sin cristal del departamento de enfrente. Tal vez era su papá o su mamá, que había ido a hacer planes pensando en el futuro *penthouse*. En ese momento la puerta de su recámara se abrió, y sus papás entraron con una caja grande.

—Alex, hijo, acércate —pidió su mamá. Su papá colocó la caja en el suelo.

—Esto es para ti. No queremos que te sientas solo mientras te adaptas —dijo su papá—. ¿Qué pasa, hijo, qué miras?

—¿Están todavía los señores de la mudanza? —preguntó Alejandro sin dejar de mirar hacia la ventana de enfrente.

—No. Terminaron de bajar todo y se fueron. Ahora nos toca a nosotros arreglar un poco... ¿Qué pasa, qué hay? —su mamá se había acercado a la ventana.

—No sé, nada —contestó Alejandro y miró por primera vez la caja,

que se movía por sí sola en el suelo.

Pero... ¿Lo habían hecho?

¡Sí! Dentro de la caja brincaba un cachorro tratando de salir. Era un perrito color miel, de patas grandes, orejas caídas y una lengua que lamía sin parar su cara. Alejandro se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo.



—Gracias pa, gracias, ma —dijo, olvidando por completo la ley del hielo.

—Bueno, ven a ayudarnos un poco, en lo que piensas en un nombre para este muchacho —dijo el papá.

Alejandro asintió con la cabeza. El papá lo vio acariciando a su

cachorro y se sintió tranquilo. Decidió darle unos minutos a solas con su nueva mascota y salió de la recámara. Alejandro se paró para ir detrás de él.

—¡Ven, amigo! —llamó al perrito, pero éste se había ido a parar frente a la ventana atascada. Brincaba tratando de alcanzarla y lanzaba esos ladridos agudos y chistosos de los cachorritos. Alejandro lo cargó y se asomó con él a la ventana. Esta vez no vio pasar rápidamente una silueta. Ahí estaba, asomado.

Era un niño que, a la distancia y a la luz del atardecer, parecía de su misma edad. ¡Un niño en el edificio! ¡Y un perro! ¿Qué más podía pedir?

El niño sonrió y lo saludó agitando la mano. Alejandro dejó al perro en el suelo, jaló la ventana con todas sus fuerzas, y sólo hasta que tuvo los cachetes rojos y las manos adoloridas, la ventana cedió. Ya podía saludar a su vecino. Pero antes de que pudiera decir algo, el niño se puso el dedo índice en la boca pidiendo silencio. Y después hizo otra seña que quería decir “ven”. Alejandro le contestó, también con señas, que en un momento estaría allí, y que guardaría silencio.

Salió de su recámara con el cachorro brincando tras él. Sus papás escuchaban música en una grabadora de pilas mientras acomodaban los muebles. Parecía como si ensayaran la coreografía de un musical llamado “La alegre mudanza”.

—Falta una de mis cajas, creo que se quedó allá abajo —dijo Alejandro.

—Pues vas a tener que ir tú por ella, campeón, porque yo he subido esas escaleras como cien veces —dijo el papá y le lanzó un gran manojito de llaves.

—Ahora vengo. Pa, ¿estás seguro de que nadie vive en este edificio?

—Segurísimo. Ha estado abandonado por años.

—Décadas, cariño. Décadas —aclaró la mamá.

Alejandro salió de su departamento y, en lugar de bajar las escaleras, cruzó el pasillo hacia la puerta del departamento de enfrente.

Dos

Es la primera vez que escribo desde que estamos en este lugar, pero debo hacerlo, pues ni siquiera sé si fue cierto lo que me ocurrió y tampoco me atrevo a hablar con mis papás de esto.

Cuando vi a ese niño por la ventana me puse feliz. Él me pidió con señas ir para allá y que no dijera nada. Mi cachorro ladraba mucho y yo lo calmaba; no quería que mis papás supieran lo que estaba haciendo. Además, el chico había sido muy claro. Tenía que guardar silencio. Sentía como si estuviera haciendo algo muy malo. Pero, pensándolo bien, no lo parecía tanto. Sólo iba a visitar a un vecino que seguramente vivía de incógnito en el edificio.

Probé algunas llaves del manajo que me dio mi papá, pero no atinaba con ninguna. Así que toqué la puerta. Si el niño estaba dentro, pues mejor que me abriera y no me tuviera allí perdiendo el tiempo con todas esas llaves. Pero nada pasó. No se oía ruido dentro, ni voces, ni nada. Seguí intentando con las llaves que me faltaban hasta que di con la que sí era.

—¿Hola? —dije quedito, pero el chirrido de la puerta al abrirse hizo que mi saludo se perdiera por completo. Mi cachorro se asustó y corrió despavorido hacia nuestro departamento. Por un momento pensé hacer lo mismo que él, pero al final decidí entrar.

En el recibidor había algunos muebles cubiertos por sábanas, y las

cortinas estaban cerradas. A través de ellas entraba un poco de luz que iluminaba el polvo flotante; era muchísimo y se perdía entre las telarañas que colgaban de las esquinas. Sentí un escalofrío y repetí mi saludo más fuerte, pero de nuevo no tuve respuesta. El olor del departamento era muy pesado. No olía a nada asqueroso, sino como a algo viejo y húmedo.

—¡Oye, niño! ¡Ya vine! —dije sin levantar la voz.

Entonces empecé a escuchar una musiquita: la típica de cajita de música, que si uno la oye en el cuarto de un bebé recién nacido suena hasta linda, pero en un departamento abandonado y lleno de telarañas, resulta más bien macabra. Venía del cuarto donde había visto asomado al niño. “Claro, es lógico”, pensé, pero un momento después me di cuenta de que nada ahí era lógico. Ese parecía un departamento abandonado... ¿Cómo podía vivir allí un niño, aunque fuera refugiado? Además, mis papás ya me habían dicho que nosotros éramos los únicos habitantes del edificio. En ese momento me dio miedo y quise correr, olvidarme de que había visto a ese niño, regresar al lado de mis papás y dormir esa noche en su cama, en medio de los dos. Regresé a la puerta principal y traté de abrirla, pero no pude; estaba cerrada con llave... ¡Pero yo no la había cerrado! Tomé el manajo de llaves, estaba tan nervioso que mi mano temblorosa no pudo sostenerlo y se me cayó. Me agaché para levantarlo, pero en lugar del manajo de llaves sentí algo ligero y un poco áspero: en la mano no tenía las llaves, sino una mota de polvo que se deshizo en mi palma. El volumen de la música del cuarto aumentó, al igual que el temblor de mis rodillas.

—¡Veeeen! —escuché una voz. Y sí, era la voz de un niño, pero sonaba hueca, como si viniera de una caverna muy profunda y con mucho eco. Tragué saliva y de nuevo quise echarme a correr, pero no pude. Parecía que una fuerza extraña me jalaba hacia esa habitación; tal vez era la música, tal vez la voz hueca del niño, no lo sé, pero no

podía detenerme. Al llegar frente a la puerta, el picaporte empezó a girar sin que yo lo tocara: pensé que el niño estaba abriendo desde dentro. La puerta se abrió poco a poco y una luz amarillenta me iluminó la cara.

Di dos pasos hacia el interior. El niño no estaba ahí, ni detrás de la puerta. Estaba sentado en una mecedora en la esquina de ese cuarto que no concordaba nada con el resto del departamento. Era un cuarto de niño, pero los muebles parecían de otra época. También había muchos juguetes antiguos, entre ellos la caja de música, dentro de la cual giraba un carrusel. El niño se mecía con la mirada perdida y un aire muy triste. Estaba muy pálido y su ropa parecía vieja también (o no, más bien nueva, pero antigua, igual que todo allí). Desde mi recámara no había visto esos muebles, ni las cortinas de encaje, ni el tapiz amarillo claro. Desde allá todo parecía abandonado, como el resto del departamento.

—Este... yo... —empecé a decir. El niño me miró y sonrió débilmente. Tenía unas grandes ojeras y los ojos rojos.

—¿Cuándo llegaste? —me preguntó.

—E-esta tarde apenas, hace... un rato —tartamudeé.

—Qué triste. ¿Cómo ocurrió? —parecía que estaban a punto de salirse las lágrimas cuando hizo esta pregunta.

—¿C-cómo ocurrió? Puf. Bueno, es que mi mamá vio un día un anuncio en el periódico, sobre este edificio, que era de una medio pariente suya del pasado y alguien tenía que reclamarlo...

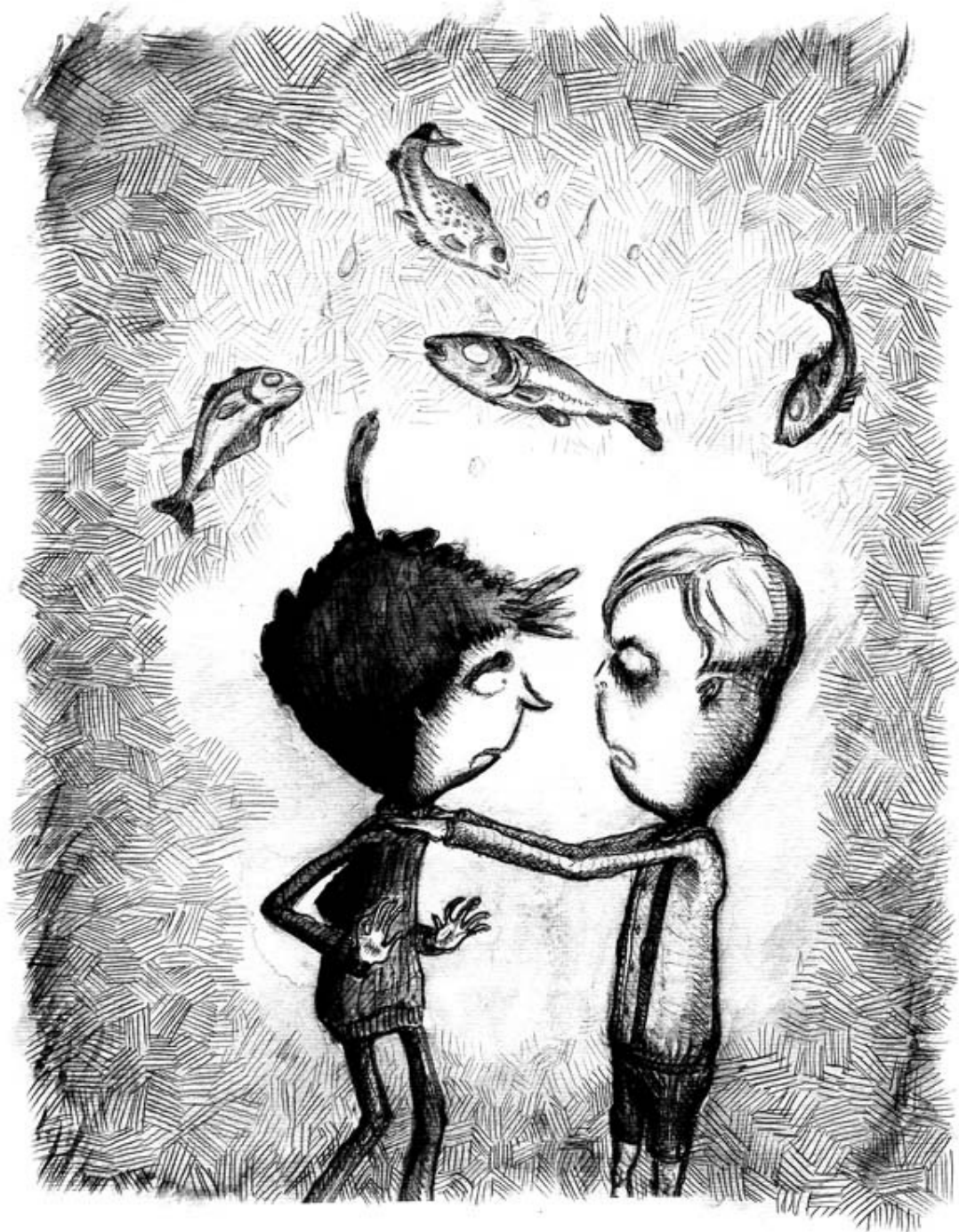
Mientras yo le contaba esto, el niño se levantó de la mecedora y caminó hacia mí. Ya no había lágrimas en sus ojos, sino más bien una sonrisa grande, un poco torcida. Cada paso que daba hacia mí, yo retrocedía uno, pero llegó un momento en el que topé con la pared. Entonces el niño me tocó el brazo. Su mano era dura y fría, muy fría. Al sentir su contacto me quité bruscamente, pero él sonrió aún más, y luego se echó a reír, con una risa que me taladró los oídos.

—¡Gracias, gracias! —gritaba el niño mirando hacia el techo.

Me volví hacia allí y vi que se habían formado grietas que se humedecían con agua café, como estancada; pronto empezaron a caer gotas sobre nosotros. Pensé que el edificio iba a derrumbarse y grité con todas mis fuerzas mientras sentía el agua en el cuerpo. El niño no dejaba de reír y de dar las gracias. Algo que no era agua cayó en mi cabeza. Me sacudí con la mano y en el suelo aterrizó un pez moribundo, que se retorció a los pies del niño. Intenté correr de nuevo y no pude moverme.

—¡Déjame ir! —le grité; sabía que la fuerza extraña que me mantenía allí era cosa suya— ¡Déjame ir, por favor!

—Con una condición —dijo agarrándome los hombros con sus manos heladas y clavándome los ojos—. Prométeme que no vas a tener miedo.



No era el mejor momento para prometer algo así, con pescados agonizantes cayendo en mi cabeza. Titubeé.

—¡No vas a tener miedo! ¡Dime que no vas a tener miedo! —gritó el niño. A mi nariz llegó el olor de su aliento: un olor a tierra húmeda que me dio náuseas.

—¡Déjame ir, por favor! —le pedí, y reconocí mis lágrimas entre toda el agua que me caía encima.

—¡Van a pasar cosas! ¡No debes tener miedo, entiendes? ¡NO DEBES TENER MIEDO!

—¡Está bien! —concedí sin estar seguro—. ¡No voy a tener miedo!

—¡Promételo!

—¡Lo prometo!

—Tampoco hables de esto con nadie.

—P... pero —iba a reclamar, porque lo primero que pensaba hacer cuando regresara a mi departamento era contarles a mis papás que, además de todo, ese lugar estaba embrujado.

—¡A nadie! Si les cuentas los pondrás en peligro... a ellos y a ti. ¡Promételo!

Yo no me animaba a prometer eso, pero la lluvia de agua estancada y pescados se ponía cada vez peor y yo no podía zafarme de las manos de ese niño que, a pesar de lo debilucho que parecía, tenía fuerza como de superhéroe.

—¡Promételo! —gritaba apretándome aún más.

—¡Está bien, lo prometo!

El niño sonrió satisfecho; no sé cómo le hizo, pero me levantó y me lanzó hacia la ventana en donde lo había visto por primera vez. Cerré los ojos y sentí como mi cuerpo se hacía ligero, ligero, y atravesaba la ventana, luego el espacio que separa los departamentos y, por último, mi pared.

Ya lo sé. Suena ilógico. Porque cuando abrí los ojos estaba tumbado en mi cama, en pijama, con el cachorro dormido a mis pies.

No estaba herido, ni mojado, ni nada. Sólo me temblaba todo el cuerpo en medio de la oscuridad de mi recámara.

Dudé mucho en hacerlo o no, pero al final me levanté y me dirigí hacia la ventana. Creí que al ver el departamento de enfrente, vacío, me tranquilizaría. Me convencería entonces de que todo había sido un sueño, o una especie de bromita de mal gusto de mi imaginación.

La ventana estaba cerrada. Hice un esfuerzo que me cansó más de lo normal, pero al final logré abrirla.

Entonces escuché de nuevo la cajita de música. Y entre las notas, como un viento suave, esa voz que decía claramente: “una promesa es una promesa”.

Tres

Alejandro dio muchas vueltas en la cama. En el fondo sabía que no era cierto, pero insistía en repetirse que todo había sido un sueño. Y, sin embargo, cada vez que cerraba los ojos volvía a ver la pálida cara del niño y en sus oídos sonaban aquellas palabras: “no debes tener miedo”.

De acuerdo con eso, él había hecho una promesa y no la estaba cumpliendo porque en realidad se sentía muerto de miedo. Cada vez que el cachorro se movía o hacía el menor ruido, Alejandro brincaba y un sudor helado mojaba su nuca. Pero le daba más miedo romper la promesa, yéndose de plano a dormir con sus papás; eso era justo lo que tenía ganas de hacer.

En un momento no pudo tolerar más la oscuridad. “Ese niño no puede saber que prendo la luz porque tengo miedo, tal vez crea que estoy buscando algo, o leyendo”, se dijo, y se levantó a tientas a buscar el apagador. Ya con luz se sentó en su cama, dispuesto a esperar despierto la llegada del día siguiente. Tal vez el amanecer se llevaría la locura de esa noche. Al día siguiente iría de compras con su mamá y, el domingo, al parque. Después, a conocer su nuevo colegio...

Los pensamientos de Alejandro brincaron de una cosa a otra y, casi sin darse cuenta, empezó a quedarse dormido. No llegó a caer en un sueño profundo, de modo que fácilmente lo despertaron los

gemidos del perro, dormido en la orilla de la cama, el cual temblaba como si tuviera una pesadilla. Alejandro se le acercó y empezó a acariciarlo.

—Está bien, amigo, no pasa nada —dijo. Recostó la cabeza a su lado sin dejar de acariciarlo y, de pronto, entre el cálido pelambre, sintió humedad. Quiso pensar que eran babas. Pero los perros echan babas por el hocico, no por el lomo. Alejandro abrió los ojos lentamente y vio su mano. En su palma había un rastro de sangre.

—¡Noooo! ¡Amigo, qué te pasó! —gritó y se incorporó para examinar el cuerpo del animal. No parecía estar herido. Alejandro confirmó que la sangre en su mano no era la de su cachorro cuando sintió caer una gota en su cabeza. Allí se llevó la mano izquierda. También estaba manchada de sangre.

Alejandro no quería mirar hacia arriba, cerró los ojos con fuerza, pero al mismo tiempo, en sus oídos (no sabía si desde su cabeza o desde fuera), empezaron a retumbar las palabras del niño misterioso, “no debes tener miedo”, mientras sentía caer más gotas sobre su cuerpo. El perro temblaba sin despertar y Alejandro lo abrazó, apretó más los ojos y quiso gritar: “¡No puedo! ¡No puedo cumplir la promesa!”, pero las palabras no lograban salir de su boca. Por más que lo intentó fue imposible, aunque se le había ido la voz, las seguía gritando en su cabeza. En ese instante la música de la caja volvió a sonar, trayendo con ella las frases que ya antes había oído: “Una promesa es una promesa.” “Van a pasar cosas”. “No debes tener miedo”.

La misma fuerza ajena que había poseído a Alejandro la noche anterior, empezó a apoderarse de él otra vez. Ahora lo obligó a abrir los ojos. Su colcha amarilla estaba llena de sangre que seguía cayendo, al igual que el cuerpo del cachorro y sus propios brazos. Él se resistió, pero esa extraña fuerza lo hizo levantar la cabeza y mirar hacia arriba.

Tal como en el cuarto del niño, en el techo recién pintado de su

recámara se habían formado grietas, pero en lugar de agua café y peces muertos, de ellas manaba sangre. Alejandro sintió el líquido tibio escurrir por su cabeza y por su cuello y olvidó su promesa. La fuerza de su miedo lo venció y saltó de su cama. Corrió sin aliento hacia el cuarto de sus papás. Gritaba y lloraba y confundía la tibia humedad de sus lágrimas con la de la sangre que lo cubría.

—¿Qué pasa, Alejandro? —oyó la voz adormilada de su papá.

—¡Está lleno de sangre, todo está lleno de sangre y yo hice una promesa, pero tengo miedo, tengo miedo!

—¿Qué está lleno de sangre? —la mamá palpó en el buró para encontrar el interruptor de la lámpara.

Los ojos de sus papás se encogieron frente al golpe de luz, pero no parecían aterrorizados ni mucho menos.

—Fue una pesadilla, cariño, nada más —le dijo su mamá sonriendo.

—¡Pero mírenme! ¡Mírenme!

Ambos lo hicieron y después se miraron entre ellos. Su papá no pudo reprimir un bostezo. Alejandro miró el suelo frente a él. No estaba lleno de la sangre que había escurrido de su cuerpo. Después estiró sus brazos; estaban tan limpios como el piso de madera. Y lo que mojaba su cara eran puras lágrimas transparentes.

—Ya no es... tá. ¡Pero salió del techo, lo juro! ¡Era sangre, yo... estaba... lleno! —intentó convencerlos.

Los papás se levantaron a revisar la recámara. Claro, ellos no creían que hubiera algo que revisar ahí ni que el techo hubiera estado sangrando, pero querían tranquilizar a su hijo. Para ellos, la pesadilla era una consecuencia natural del rechazo que, desde siempre, su hijo había sentido hacia el cambio de casa.

—¿Ves? No pasa nada —dijo el papá, mirando la recámara. Alejandro se asomó. No había rastro de sangre. Las cobijas estaban un poco revueltas, pero nada más. El cachorro dormía apaciblemente en

la orilla de la cama. Alejandro se avergonzó con ellos, consigo mismo y con el niño de enfrente, pero prefería la vergüenza a ese terror que había experimentado antes.

—¿Puedo dormir con ustedes?

Los papás se miraron entre ellos y asintieron.

Alejandro se acostó entre sus papás. Ambos recuperaron el sueño con una rapidez asombrosa, pero él no. Se acurrucó y comenzó a temblar de nuevo.

Pero, a fin de cuentas, estar en medio de sus papás lo hizo sentir seguro y el cansancio lo venció. Un rato después en la oscuridad sintió cómo su papá se levantaba. La cama rechinó, después la puerta.

—Papá, ¿me traes agua por favor? —pidió Alejandro con voz adormilada, pero no recibió respuesta. Volvió a conciliar el sueño casi inmediatamente, mientras escuchaba los pasos de su papá ir hacia la cocina.

La luz del amanecer entraba apenas a la recámara cuando Alejandro abrió los ojos. Estaba del lado de la cama que correspondía a su papá. Pensó que él se habría despertado temprano a tomar su café mientras escuchaba las noticias, como solía hacerlo. Alejandro suspiró aliviado. Había sobrevivido la noche. La luz del día estaba allí y él ya no sentía miedo. Se puso de buenas y se dio vuelta en la cama para darle un beso de buenos días a su mamá.

Pero tuvo que cerrar los ojos ante la imagen que encontró. El lado de su mamá estaba inundado de sangre. Ella estaba ahí, inmóvil, bañada en el líquido rojo. Alejandro quiso abrir los ojos, quiso pensar que era otra jugarreta como la sangre del techo de anoche. “Mi mamá está bien, duerme a mi lado, no hay sangre, es mi imaginación”, dijo para sí y se forzó a mirar de nuevo. La sangre seguía allí; su mamá (o más bien, el cuerpo de su mamá) yacía inerte sobre el charco, con los ojos abiertos, y los brazos cruzados sobre el pecho; tenía un corte en el

cuello de lado a lado.

El grito de Alejandro se quedó atorado en su garganta. Corrió por el departamento mirando hacia todos lados, llamando a su papá con la poca voz que alcanzaba a emitir. No estaba en la cocina, ni en el baño, ni en el recibidor. Alejandro corrió a trompicones a través de los muebles que aún no tenían lugar en la sala y llegó a su cuarto. Ahí estaba su papá, hincado a un lado de su cama, donde también se veían rastros de sangre.



—¡Pa...! —empezó a decir Alejandro, pero una convulsión de su garganta le impidió seguir. Su padre se incorporó y dejó al descubierto el cadáver del cachorro debajo de él y el cuchillo ensangrentado que tenía en la mano.

Eran los ojos de su papá los que se clavaron sobre Alejandro, y al mismo tiempo parecían los de alguien más; estaban rojos y enloquecidos, igual que su sonrisa. El papá se puso de pie.

—¡Papá, no...!

El semblante del hombre no cambió. La hoja del cuchillo reflejó la luz ante los ojos de Alejandro y no supo ni de dónde sacó fuerzas para echarse a correr. Pero su papá tenía las piernas más largas; pensó que por más que corriera no podría dejarlo atrás. Sin embargo se dio cuenta de que su papá no corría tras él. Caminaba lentamente y hablaba:

—Espera hijo... quiero darte algo, hijo —decía esa voz que al mismo tiempo era y no la de su papá. Era la de un loco. La de un asesino que había matado a su mamá y a su perro y ahora venía por él. Estaba seguro de eso.

Sobre la sábana blanca que aún cubría el sofá vio el manojito de llaves. Lo tomó y corrió fuera de su departamento.

—Hijito espera, no corras, no huyas de mí... —la voz de su papá seguía escuchándose tras él, cada vez más cerca. Alejandro llegó a la puerta del departamento de enfrente y empezó a probar llaves, una tras otra.

—Hijo, querido..., espérame por favor...

Alejandro escuchó abrirse la puerta de su departamento y el sobresalto lo hizo tirar el llavero. Sólo tenía tiempo de probar una llave más. Los pasos de su papá se oían ya en el pasillo que separaba los departamentos. Alejandro tragó saliva y metió la llave en la cerradura. Dio vuelta. Entró apresuradamente y cerró la puerta tras de sí. Empujó uno de los viejos muebles para atrancarla por dentro. Después

de hacerlo empezó a escuchar de nuevo la música de la cajita que ya le parecía tan familiar. Desde el mismo cuarto. Alejandro abrió la puerta. Todo permanecía igual que la noche anterior. La luz amarilla, los muebles y juguetes antiguos, y el niño pálido en la mecedora. Ahora, la única diferencia era la sonrisa del niño convertida en una mueca apretada y furiosa que, en conjunto con los ojos inyectados, daba una apariencia que helaba la sangre.

—¡Mi papá! ¡Viene detrás, y mató a mi mamá y mi perro! —gritó Alejandro dejando salir en cascada todas las lágrimas que había acumulado en los últimos minutos.

El niño se llevó la mano a la barbilla y le dirigió a Alejandro una mirada que revelaba cansancio.

—Hiciste una promesa y no la cumpliste —le dijo simplemente.

—¡Es que salía sangre del...!

—Lo que acabas de ver es un ejemplo de lo que puede pasar. Espero que comprendas ahora por qué no hay que tener miedo. Es la única manera de romper la maldición de este lugar. La única. ¿Entiendes?

Alejandro dijo “sí” con la cabeza, pero era sólo un reflejo. No entendía nada, y sentía la cabeza caliente y los ojos a punto de explotar.

—Por eso no puedes hablar de esto con tus padres, no te creerían. Ha sucedido antes —el niño se quedó pensativo y fijó su mirada en el suelo del cuarto—. Eso ya ha sucedido antes. No fue bueno.

El niño levantó la mirada del suelo y Alejandro creyó ver en su mirada un rastro de conmiseración. Pero no dijo nada más. Tomó a Alejandro de los hombros, tal como la noche anterior, y lo lanzó hacia la ventana. Un momento después, sin comprender cómo habían sucedido las cosas y con un amasijo de pensamientos intentando hacerse lugar en su cabeza, Alejandro se encontró de nuevo en su cama. No había sangre por ningún lado, ni grietas en el techo. El perro

dormitaba tranquilamente al lado de sus pies.

Alejandro se levantó. Las piernas le temblaron al dirigirse a la habitación de sus papás; pero cambió de rumbo cuando escuchó las noticias en la radio de la cocina.

Ahí estaban los dos; su mamá, sana y salva, batía unos huevos y su papá estaba sentado a la mesa, con la cabeza recargada en las manos.

—¡Hola, guapo! —dijo alegremente su mamá—. ¿Quieres tus huevos con jamón o a la mexicana?

—Hola... Este... No sé, me da igual —respondió Alejandro y miró a su papá—. ¿Tú cómo los vas a tomar, pa?

—Yo no quiero nada, no tengo hambre —respondió éste, se levantó y salió de la cocina.

Alejandro vio a su mamá con una mirada interrogante. Ella sólo se encogió de hombros.

—Ve a saber por qué —dijo—, pero amaneció como de malas.

Cuatro

Tengo apenas fuerzas para escribir, pero si no lo hago me voy a volver loco. Mudarnos aquí fue la peor idea y si por mí fuera, ahora mismo me iría de este lugar yo solo; no sé a dónde, pero me iría. Ahora sé que no sólo yo estoy en peligro, mis papás también lo están.

Después de haber tenido una noche tan horrible, por supuesto que me desperté muy desconcertado y pensé que el mal humor de mi papá podía ser mi imaginación. Pero no. Siguió de malas todo el día y apenas nos hablaba a mi mamá y a mí. Le pregunté a ella si algo pasaba y me dijo que creía que sí, pero no sabía qué.

—Ha de ser el estrés de la mudanza, el cambio y todo eso. Así como a ti te dan pesadillas, tu papá se pone de mal humor. Bueno, eso creo.

—¿Cómo sabes de las pesadillas? —le pregunté, pues no habíamos hablado de eso.

—Pues anoche, ¿no llegaste a nuestro cuarto llorando porque tenías pesadillas? ¿A poco no te acuerdas? —me preguntó y me vio un poco raro, como entrecerrando los ojos.

—Ah, sí. Sí me acuerdo.

Pues claro que me acordaba, pero creía que eso también había sido parte del sueño. Estaba muy hecho bolas, y poco a poco me convencía de que *nada* era un sueño. Muy raro.

Pero cuando hay luz todo se ve distinto y las cosas que en la oscuridad dan muchísimo miedo, después del amanecer ya no tanto. De pronto, en cualquier momento a lo largo del día me acuerdo de lo sucedido y me digo a mí mismo que debo de estar loco. Que esas cosas sólo pasan en las películas. Pero claro, lo digo y al mismo tiempo siento un escalofrío recorriéndome, completita, la espalda.

En momentos pienso que ese niño sólo quiere asustarme. No tiene ningún poder sobre mí ni puede saber qué cosas horribles van a pasar. De ser así me gustaría convocar a una reunión familiar y decir a mis papás todo lo que está pasando. Pero, ¿y si todo es cierto? ¿Y si abro la bocota y algo espantoso nos sucede? El niño fue muy claro: lo que había visto era sólo una muestra de lo que podría pasar. Mejor le haré caso, al menos en lo de guardar silencio, porque lo de no tener miedo no me está saliendo para nada.

Para distraerme un poco al fin saqué mis cosas de las cajas de cartón, mientras pensaba en un nombre para mi cachorro. El pobre no tenía la culpa de nada y no era justo que siguiera diciéndole “perro”. Pero mientras vaciaba las cajas solamente podía pensar en que ojalá muy pronto tuviera que meter ahí de nuevo todas mis cosas, para mudarnos de regreso a nuestra antigua casa. Por pensar en esto, olvidé lo del nombre para mi perro y únicamente había pensado en “Chispa”, el cual para nada fue ocurrencia mía, sino de un amigo que así le puso al suyo, y como no me gusta copiar, el perro se sigue llamando “perro”.

De vez en cuando quería asomarme por la ventana, pero sentía la misma cantidad de ganas que de miedo y no lo hacía.

Mi mamá entró a mi cuarto y se puso muy contenta de verme arreglando cosas. Pensó que ya estaba aceptando vivir en este lugar, pero la verdad, no sé ni por qué lo hacía. Me dijo que papá se había encerrado por un dolor de cabeza bárbaro y que si no podía yo acompañarla a la lavandería de abajo.

—¿Para?

—Pues no sé, para curiosear un rato y ver qué tanto de allí sirve. Capaz que hasta podemos echarla a andar de nuevo y hacer negocio, ¿no crees?

Suspiré. Mis esperanzas de volver a empacar para regresar a nuestra casa se esfumaron.

Bajamos a la lavandería, mi mamá silbaba y seguía el ritmo con el manajo de llaves. Yo también lo marcaba, pero con el latido de mi corazón, cada vez más fuerte y rápido.

La puerta de la lavandería era corrediza y todo el marco de metal estaba medio oxidado. Algunos cristales tenían rajaduras, y por encima de ellos había unos letreros de “clausurado”. O bueno, quién sabe si eso decían, pues estaban tan borrosos que las letras ya no se alcanzaban a distinguir. La cerradura se encontraba abajo y se atoraba en el suelo. Parecía oxidada, y a mi mamá le costó trabajo, primero, dar con la llave (ya me sabía yo ese numerito del manajo de llaves) y luego, ya que encontró la correcta, darle la vuelta para liberar el cerrojo.

—¿Te ayudo? —ofrecí—. Ella, encucillada, sólo me dijo que no con la cabeza aunque un momento después, cuando logró liberar el cerrojo, sí aceptó mi ayuda para que entre los dos abriéramos la puerta corrediza. Parecía que llevaba mil cien años sin que nadie la abriera.

Reconocí de inmediato el olor de ese lugar. Un olor espeso, como de algo viejo y húmedo. El mismo del departamento de enfrente. La luz apenas entraba a través de las ventanas, sucias como si tuvieran encima la mugre de esos mil cien años en que nadie las había abierto.

Mi mamá entró como si fuera su casa y buscó interruptores. Encontró uno, pero no había luz. Yo apenas me asomé para ver las dos hileras de lavadoras, que no parecían tan viejas y tenían una ventanita para asomarse a ver cómo se lava la ropa. Al fondo vi el otro ventanal por el que entraba un poco de luz.

—¡Uf! Esto necesita muchísimo trabajo —opinó mi mamá mientras abría una de las ventanitas con muchos trabajos.

Preferí quedarme junto a la ventana, según yo, haciendo guardia, pero la verdad me daba terror entrar ahí. Mi mamá se adentró un poco más. Donde la luz apenas llegaba.

—¿Adónde vas? —le pregunté. Me daba el mismo terror que ella anduviera paseando en la oscuridad de ese lugar.

—A ver si encuentro el registro de la luz.

—Pero... no vas a ver nada. ¿No sería mejor con una linterna?

—Sí, pero no traemos; ahora basta con la luz de mi celular.

—Este... ¿Segura? ¿Por qué...?

Iba a sugerirle regresar después no sólo con una lámpara, sino con más personas, pero mi voz salió medio temblorosa y ella me interrumpió.

—Ay. ¿A poco tienes miedo?

“A poco no”, pensé yo. Pues claro, una lavandería vieja en condiciones normales no es para dar miedo, pero desde que llegamos a este lugar, cualquier cosa es capaz de dármelo.

Mi mamá se adentró en la oscuridad de la lavandería y yo me quedé en la puerta haciendo guardia, y de cuando en cuando le preguntaba si había encontrado algo interesante. Suponía que no, pero quería confirmar que todo estaba bien.

De pronto escuché pasos a mis espaldas y el sonido de una respiración. “Ay, no, ya vamos a empezar”, pensé, y en lo que decidía si me volvía o no, escuché una voz medio cavernosa.

—¡Ey, tú!

Lentamente me di vuelta y me encontré con la figura de una anciana. Era muy pequeña, apenas un poco más alta que yo, y su poco pelo era blanco y muy largo. Se apoyaba en un bastón y parecía muy pobre; estaba vestida con harapos y tenía sucias la cara y las manos. Me dio la impresión de que me iba a pedir dinero.

—¿Vives aquí? —me preguntó.

Le dije que sí y ella sonrió. Me hizo algunas preguntas, desde cuándo habíamos llegado y quiénes conformaban mi familia. No le dije mucho, porque a mí, como a todos los niños, siempre me han recomendado no hablar con extraños. Pero ella me seguía mirando, como examinándome.

Yo no tenía muchas ganas de meterme en la lavandería, pero aún menos de seguir platicando con esa extraña mujer, así que resolví meterme y quedarme junto a la ventana, donde hubiera luz.



—Bueno, señora, con permi...

—No vas a tener miedo, ¿verdad? —me interrumpió, mirándome

muy fijo con sus ojos arrugados. Tragué saliva.

—¿U-usted sabe algo de... de... de aquí?

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Aquí ocurrieron cosas. Cosas horribles del pasado que no deben volver a repetirse. No más. Nunca más.

—Pero, ¿qué pasó? ¡Yo sé que ahora pasan cosas muy feas, pero del pasado no sé nada! —le dije.

—Los mató a los dos. Los mató con un cuchillo y después se fue. Si te da miedo, él hará lo mismo con ustedes, ¿entiendes? Tienes que ser fuerte y esperar. Esto debe acabarse y tal vez ya hiciste una promesa. De lo contrario, él hará lo mismo. Tarde o temprano lo hará.

—¿Pero quién? ¿Quién hará lo mismo?

La anciana no dijo nada, pero miró hacia arriba. Hacia nuestro departamento.

Empecé a traicionar la promesa de nuevo. El miedo me había vuelto a invadir cuando escuché los pasos de mi mamá desde la lavandería. Me volví para verla, venía sacudiéndose las manos en el pantalón.

—¡Esto va a estar en chino! —dijo divertida.

Cuando de nuevo volteé hacia atrás, la anciana ya se había alejado, y caminaba trabajosamente apoyándose en su bastón. No dije nada, pues no sabía si era de verdad o parte de toda esa locura.

—¿Qué quería esa señora? —me preguntó mi mamá y despejó mi duda.

—Una moneda, ma —le dije—. Quería una moneda.

Después de tantas cosas extrañas, por suerte han pasado algunos días normales.

A veces pienso que nada de eso ocurrió, que lo soñé o lo imaginé. Pero todo fue tan real... Bueno, casi todo pues mi mamá y el perro están vivos, y no hay grietas en el techo ni rastro de que por ellas

hubiera salido sangre alguna vez.

Pero igual decidí que debía encontrar la forma de no sentir miedo. Es muy difícil en un lugar como éste, pero era importante. Al principio me puse a buscar la definición de “miedo”. Una vez un profesor de deportes nos dijo: “Si vas a luchar contra un enemigo, primero tienes que conocerlo a fondo”. Claro que no se estaba refiriendo aquella vez a algo macabro, sino al equipo de basquetbol del 4° B, contra el que mi equipo jugaría la final. Ahora mi enemigo es el miedo y debía conocerlo a fondo. Con las experiencias anteriores, me había quedado una idea bastante clara, pero mejor fui al diccionario. Y decía así:

miedo

1. m. Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario.
2. m. Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a lo que desea.

Sólo encontré estas dos definiciones pero, a decir verdad, no me sirvieron de mucho.

Pensé mejor usar internet, aprovechando la extensión en mi recámara que vino a poner un señor de la compañía de teléfonos para poder acceder a la red desde mi computadora. Y como ahí siempre he encontrado mucha información valiosa, pensé hallar algo más útil, algo así como una receta para preparar un antídoto contra el miedo.

Pero tampoco encontré gran cosa. En algunas páginas de budismo decía que el antídoto contra el miedo es el amor. Tal vez sí, pero en este caso no entendí cómo podría usarlo.

En otra página leí que el miedo lo causan la inseguridad, la muerte, la enfermedad, la soledad y una lista enorme de cosas espantosas dentro de las cuales no había niños fantasmagóricos que viven en el departamento de enfrente ni ancianas raras que parecen tener demasiada información.

En otra página decía casi lo mismo que el profesor de deportes: “El mejor antídoto contra el miedo es el conocimiento”. Quizá no se trataba de saber el significado de la palabra “miedo”, sino de conocer bien sus causas. Tal vez se me quite el miedo si llego a conocer mejor al niño del departamento de enfrente o a la anciana que me dijo cosas o si logro entender lo que está pasando.

Puesto que por lo pronto nada fuera de lo común me ha pasado, no lo he tenido. He dormido las noches completitas y Mercurio tampoco se ha vuelto a despertar ni a poner nervioso. Ah, no había escrito que como nada ha pasado estos días, hasta pude pensar en un nombre para mi cachorro: Mercurio. No es el más original del mundo, lo sé, pero siquiera ya dejamos de decirle “perro” al pobre.

Mi tranquilidad también tiene que ver con haber entrado ya a la escuela. Me va bien, normal. No tengo amigos aún, pero en el recreo una niña de lentes llamada Gabriela se me acercó y me preguntó cosas. Que de dónde venía, que por qué nos habíamos cambiado, que si tenía hermanos y todo eso. Me preguntó también dónde vivía y le dije.

—¿En el edificio de la lavandería? —me preguntó con los ojos muy abiertos; estaba muy sorprendida.

—Sí, ahí, ¿por qué? —le pregunté yo, quizá no en el tono más amigable del mundo, pues al parecer se apenó un poco.

—No, por nada. Es que... Dicen que ahí espantan, pero ya sabes cómo es la gente, ¿no? Bueno, nos vemos. ¡Bye! —dijo Gabriela y se fue.

Después intenté acercarme a otros compañeros, pero me seguían tantito la plática y luego se iban por su lado. Eso es lo malo de ser el nuevo y, claro, seguramente esa niña corrió el chisme de que vivo en un lugar donde espantan.

La maestra, que es joven y algo simpática, se dio cuenta de la situación cuando fui el único que se quedó solo a la hora de organizar

los equipos para hacer un trabajo de ciencias naturales, y me puso en un equipo de sólo tres integrantes. Fue obvio que no brincaron de gusto de que yo les completara el cuarteto. A pesar de mi mejor esfuerzo para sacar bien el trabajo, los demás no parecían contentos.

A la hora de la salida, la maestra me llamó aparte y me dijo que no me preocupara. Que en menos de lo que me imaginaba sería gran amigo de todos los niños del salón. No sé por qué, pero yo no lo creo. Todo esto me hace extrañar todavía más mi casa, mi escuela y a mis amigos de antes, pero también me alivia pasar al menos la mitad del día fuera de aquí.

Quisiera seguir escribiendo, pero ya oí la puerta. Eso significa que ya llegó mi papá, y no tardan en llamarme a cenar. Y con el humorcito que se carga últimamente, es preferible no dar motivos para empeorarlo. Quién sabe qué le pasa. Dice mi mamá que tiene muchas presiones, yo le pregunto “¿qué clase de presiones?”, y ella me contesta que son cosas de adultos. Pero es raro que use esa respuesta tan típica. Seguro lo dice porque ni siquiera ella conoce la respuesta. Sospecho que tiene algo que ver con lo sucedido hace unos días.

¡Puf!, ahí está el grito, “¡Alejandro, a cenar!”. Tengo que correr, luego sigo.

Cinco

Alejandro acudió pronto al llamado de su mamá para la cena. Su papá ya estaba sentado, esperando, con la mirada fija en algún punto indefinido, el semblante serio y el ceño fruncido.

—Hola, pa —dijo Alejandro y se acercó para darle un beso, que éste recibió casi sin moverse.

Su mamá sirvió la cena. Alejandro no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que llegó a su nariz el aroma de la salsa de jitomate con queso de su plato de ravioles. Su mamá y él conversaron un poco, acompañados del silencioso papá, quien apenas asentía ante lo que escuchaba y, cuando la mamá contó que Mercurio corría ladrando hacia la puerta cada vez que en la televisión sonaba un timbre, intentó sonreír, pero en lugar de sonrisa, en su cara se dibujó una extraña mueca. Y no abrió la boca durante toda la cena sino para engullir sus ravioles.

Alejandro comió velozmente. La cercanía de su papá le provocaba mucha tensión y sabía que la única forma de romperla era terminar de comer, ayudar a levantar lo más rápido que pudiera y después irse a encerrar a su recámara.

—Yo lavo los platos —le dijo a su mamá.

—No, Alex, mejor hazme un favor y baja la basura, la bolsa está que revienta.

—Pero yo mejor... —trató de alegar. Su mamá lo interrumpió.

—No seas así. Mira, eres el único que trae zapatos. ¡Ándale, flojito!

Alejandro verificó. En efecto, su mamá traía pantuflas y su papá estaba en calcetines. Él hubiera preferido lavar no sólo los trastes, sino el piso y las gavetas con agua y jabón antes que bajar esas escaleras oscuras y frías. Pero los ojos de sus papás estaban clavados en él. Ojos ciertamente muy distintos: los de su mamá, sonrientes, con una mirada de: “ándale angelito, por favor”. Los de su papá, serios, impasibles, como diciendo: “no quieres imaginar las consecuencias si no bajas la basura *en este momento*”.

Alejandro asió la enorme bolsa del nudo que le había hecho su mamá, pero cuando intentó levantarla se le soltó, y parte del contenido se derramó en el suelo limpio de la cocina.

—¡Lo siento, no amarré bien el nudo! —se disculpó la mamá. Alejandro la miró sonriendo y escuchó la voz de su papá tras él.

—Alejandro.

Se volvió. Su papá, sentado en su lado de la mesa, le dirigió una extraña sonrisa y siguió hablando:

—La basura se recoge, como los trozos de un corazón roto, pero el miedo está compacto, como tu cuerpo antes de ser descuartizado.

Alejandro tragó saliva y sintió cómo se estremecía la piel de su cuello y de su espalda. Miró a su mamá. Ella seguía inclinada en el fregadero, enjuagando platos.

—¿Qué dijiste? —preguntó a su papá sin poder evitar el temblor en su voz—. ¿Por qué me dices eso?

Esta vez la mamá sí se volvió a mirarlo, con un gesto de extrañeza.

—¡Ufl, soy la única en esta casa que no está hipersensible.

—Pero, ¿por qué me dijo eso?

—Ay, Alejandro, por favor, era una broma —respondió ella y luego le habló al papá—. No era en serio que le ibas a conseguir un

uniforme del departamento de limpia, ¿verdad cariño?

El papá, sin dejar de sonreír, negó con la cabeza.

Alejandro, incapaz de sostener la mirada de su papá, recogió la basura lo más rápido que pudo, anudó bien la bolsa y salió de la cocina. No había vuelto a verlo, pero sabía que él no le había quitado de encima la mirada, ni esa extraña sonrisa.

Bajó las escaleras con las rodillas temblorosas y con la absoluta seguridad de que el hombre de la cocina no era su papá. ¿Por qué su mamá no se daba cuenta? ¿Cómo era que habían escuchado frases tan distintas? Y entonces lo recordó de nuevo. El miedo. No debía tener miedo.

Respiró hondo e intentó dominar los escalofríos y los rechinos de sus dientes. ¿Era la oscuridad de las escaleras el enemigo? Bien, pues no le temería. Contó los escalones como si fueran ovejas para ahuyentar los pensamientos que insistían en asaltarlo. Incluso recordó la anécdota contada por su mamá en la cena e intentó imaginar cuando el bobo perro confundió el timbre del programa de televisión con el de la puerta.

Ja. Ja. Ja.

Saboreó su llegada a la planta baja como un triunfo. Levantó la tapa del depósito metálico y, justo cuando iba a depositar la bolsa negra en su interior, escuchó golpes en el cristal de la puerta, que parecían hechos con una llave, una moneda o algo metálico. En el silencio de la noche hirieron violentamente los tímpanos de Alejandro al tiempo que la tapa del depósito golpeaba su cabeza, pues, del susto, la había dejado caer. Se sostuvo del depósito con las dos manos; el porrazo lo había hecho perder el equilibrio y la visión por unos instantes. A través de la oscuridad persistía el sonido de los golpes.

La mirada de Alejandro, acostumbrada a la oscuridad, tardó un poco en adaptarse de nuevo al exterior. Abrió los ojos para comprobar que ya podía ver, pero cuando intentó soltar las manos del borde del

depósito de basura, estuvo a punto de caerse. Detenido aún de allí, volvió la vista al sitio de donde provenía el sonido. Tras la puerta de cristal del edificio estaba la anciana de la lavandería, que no dejaba de insistir con el golpeteo aun cuando Alejandro le había indicado con la cabeza que ya la había visto.

Al dar el primer paso hacia la puerta, se llevó la mano a la cabeza. Le punzaba. Aún no tenía chipote, pero el dolor tan intenso le hizo sospechar que pronto le saldría uno bastante grande.

—Perdone, pero no puedo abrir —le explicó Alejandro a la anciana—, no traigo llaves, sólo bajé a tirar la basura.

—Tengo algo para ti, quiero dártelo —le dijo ella.

Alejandro se encogió de hombros, como disculpándose; ese movimiento le hizo sentir otra punzada en la cabeza; la mujer notó el dolor en su gesto.

—Te pegaste recio —le dijo—. También te puedo dar algo para el dolor.



—Gracias, pero de verdad, no tengo las llaves, y si subo por ellas mis papás no me van a dejar...

No pudo terminar de dar explicaciones. La anciana se envolvió el puño con el rebozo que la cubría y con él golpeó uno de los vidrios pequeños de la

puerta.

—¡Oiga! ¡No! —levantó la voz Alejandro casi sin darse cuenta.

—¡Chitón! —ordenó ella. Sacó un cuaderno de alguna parte

debajo de su rebozo y se lo pasó a Alejandro a través del vidrio roto—. Tómallo, es importante que lo leas con cuidado. No lo andes contando por ahí, ¿entiendes? Ni a tus padres, ni a esos mocosos del colegio... ¿ENTIENDES?

—¿Qué es esto? —preguntó Alejandro tomando el cuaderno. Parecía muy viejo; estaba forrado con una tela que tal vez algún día había sido bonita, pero ahora estaba tan ajada y descolorida como las hojas en su interior.

—¡Guárdalo! Escóndelo bien, cuando lo leas sabrás qué es —dijo la anciana malhumorada; después sacó un pequeño frasco de entre su ropa y se lo pasó a Alejandro. Era un frasquito verde con tapa metálica algo oxidada.

—Antes de dormir úntatelo donde te pegaste. Dejará de dolerte.

Alejandro titubeó. Tal vez la anciana percibió su desconfianza por que, antes de dárselo, sostuvo un momento el frasco mientras decía entre suspiros:

—Es por tu bien, tómallo.

Alejandro extendió la mano, tomó el frasco y se le quedó viendo con extrañeza a la anciana.

—Te estoy ayudando —afirmó la anciana—. Ojalá pudieras entenderlo.

Después se volvió y se alejó lentamente, apoyando sus difíciles pasos en el bastón.

Alejandro guardó los objetos que la anciana le había dado. El frasquito de unguento cupo sin problema en el bolsillo de su pantalón, pero tuvo que ingeniárselas para guardar el cuaderno bajo su playera; lo hizo con mucho cuidado, parecía que al menor movimiento brusco el cuaderno se desharía sin remedio.

Cuando entró a la casa, su mamá secaba la última olla. Su papá ya no estaba en la cocina. Nuevamente se fue a dormir sin despedirse.

—¿Listo? Muchas gracias, mi muñeco —le dijo su mamá y tomó la

cabeza de Alejandro para repartirle media docena de besos; a últimas fechas parecía querer compensar la indiferencia de su papá con excesivas muestras de cariño. Pero Alejandro no pudo reprimir un grito de dolor.

—No es nada —explicó ante la preocupación de su mamá—. Sólo se me cayó encima la tapa del botezote de basura de abajo.

—Pero, ¿por qué? ¿Cómo estuvo?

—Pues por menso. Pero no fue nada, en serio.

Alejandro se alejó de su mamá para evitar el apapacho que ya veía venir, y que hubiera delatado el cuaderno bajo su escondite. Dio las buenas noches y se fue a su recámara seguido de Mercurio.

Dudó un poco antes de ponerse el ungüento. Abrió el frasco y lo olió. No era un aroma rancio y viejo como esperaba, sino uno muy fresco y agradable. Esto lo hizo decidirse y tomó un poco con los dedos. El golpe en su cabeza dejó de latir al contacto con la pomada y Alejandro sonrió. Tal vez la anciana en verdad quería ayudarlo.

Una vez que se puso la piyama y se recostó, abrió el cuaderno. Las hojas estaban amarillentas, gastadas y rotas de los bordes. En la primera había un dibujo que parecía haber sido hecho por un niño. Era una casa en un prado, una familia sonriente, papá, mamá e hijo. Por encima de ellos un sol con rayos intensos y unas nubes sonrientes. Escrita con una letra cursiva muy bien hecha, en la parte inferior de la hoja se podía leer la siguiente frase: “Ahora somos más felices que antes, porque tenemos una casa que no teníamos”.

Alejandro pasó las hojas llenas de dibujos alegres, hasta toparse con uno que no concordaba. Era el dibujo de un doctor, con su bata y su estetoscopio. No sonreía. De su boca asomaban colmillos y de su cabeza salía humo. Alejandro tragó saliva; el dibujo le provocó escalofríos. Levantó los ojos del cuaderno y, sin querer hacerlo en realidad, empezó a recapitular todo, desde su primera visita al departamento de enfrente. Y así hubiera seguido hasta llegar a lo

dicho por la anciana en la puerta del edificio, pero no ocurrió así. Se quedó dormido en algún momento de la historia.

Seis

Anoche, después de untarme la pomada me dormí y tuve un sueño rarísimo, más real que todos mis sueños anteriores, lo juro.

Me encontraba en un cuarto igual al del niño del departamento de enfrente. Estaba acostado en la cama y de pronto entraba una mujer, creo que mi mamá. Lloraba mucho, al parecer por mí. En el sueño yo intentaba levantarme para consolarla, pues era una persona querida para mí. Pero cuando levantaba los brazos, los hombros me dolían muchísimo, tanto que apenas podía moverlos un centímetro o menos. La mujer se inclinó sobre mi cama y siguió llorando. Me tocó la frente y sollozó más. Dijo que estaba ardiendo. Me abrazó y sentí sus lágrimas mojarme la cara.

—¿Qué me pasa? —me salieron esas palabras sin control—.
¿Mamá?

—¡Yo no tuve la culpa! —gritaba ella en medio de su llanto—. ¡Te lo juro, yo no tuve la culpa! Tu papá te va a decir eso, ¡pero no es cierto, no lo sabemos, no sabemos por qué pasó!

Escuchamos cómo se abría y se cerraba una puerta. La mujer me abrazó aún más y me lastimó. Me dolían los brazos, el cuello y la cabeza. Yo quería decirle, pero me apretaba mucho y no me salían las palabras. Ella abrió los ojos muy grandes y yo podía sentir los latidos de su corazón, rápidos y demasiado fuertes.

—¡No fue mi culpa! ¡No puedes hacerlo!

Las lágrimas de la mujer bañaban mi cara mientras el sonido de unos pasos firmes y pesados se acercaba a nosotros cada vez más.

El picaporte de la puerta rechinó y después giró. La mujer me apretó más y yo sentí como si fuera a explotar por dentro.

En la entrada apareció un hombre. Usaba traje, corbata y un abrigo oscuro. Estaba despeinado y tenía los ojos hinchados y rojos, como si también hubiera llorado.

—¡No fue mi culpa, no fue mi culpa! —gritó de nuevo la mujer.

El hombre se acercó a ella y la separó de mí a la fuerza. Todo me dolía, pero no podía gritar, ni decirles que me lastimaban. El hombre logró que la mujer me soltara, la arrastró fuera del cuarto y cerró la puerta.

Escuchaba los gritos de la mujer cada vez más lejos. El hombre no gritó ni dijo nada. Los gritos se desvanecieron y yo me quedé en medio del silencio y la luz tenue de esa recámara. Intenté levantarme. Una fuerza extraña me llamaba hacia la ventana, era más intensa que el dolor en mis rodillas y mi cadera. Fui allá e hice a un lado la cortina. No sé qué esperaba ver, tal vez la ventana de mi cuarto, en el que estoy ahora. Pero afuera sólo había una noche muy negra. Reflejada en mi propia ventana, iluminada apenas por la poca luz de esa recámara, pude ver mi cara. No era la mía. Era la del niño de enfrente.

En ese momento desperté. Aún no amanecía. No sudaba ni estaba asustado, sólo me quedé mucho tiempo en mi cama pensando qué significaba aquel sueño, hasta que amaneció y mi mamá entró en mi recámara a despertarme para ir a la escuela.



No sé si ya estoy medio loco o qué, pero durante toda la mañana sentí las miradas de mis compañeros. No eran de odio ni de nada parecido, pero no dejaban de verme, y yo no entendía la razón. En especial sentí la mirada de Gabriela, la niña de lentes que me había interrogado unos días antes.

Me costó trabajo, pero en el recreo me acerqué a Gabriela. Estaba con unas amigas; enseguida trataron de alejarse, pero le pedí que se quedara, pues necesitaba hablar con ella. Se quedó de mala gana.

—¿Por qué todos se alejan de mí? —le pregunté; enmudeció y bajó la mirada—. ¿Tiene que ver con el lugar donde vivo?, eso yo sólo te lo conté a ti. ¿Tú les dijiste a todos? ¿Qué tiene ese lugar?

Yo sabía qué tiene, pero quería saber si alguien podía decirme algo que no supiera. Gabriela seguía callada, se frotaba las manos como si estuviera muy nerviosa.

—Por favor, dime —le pedí.

—Dicen que en esa lavandería hay fantasmas y no sólo en la lavandería, sino en todo el edificio.

—Sí, bueno, estuvo abandonado y se ve medio tétrico pero, ¿tú conoces a alguien a quien hayan espantado?

Ella volvió a callar y a frotarse las manos.

—¡Por favor, yo vivo ahí, necesito saber! —rogué de nuevo.

—No conozco en persona a alguien que se haya atrevido a entrar allí, pero sé que hace años pasó una cosa horrible. Todo el mundo lo sabe.

—¿Qué cosa?

—No lo sé, y ningún niño que conozca lo sabe tampoco. Pero mis papás sí, estoy segura.

Gabriela hablaba en voz baja, en un tono de complicidad; eso me hizo sentir bien.

—Justo cuando me dijiste que vivías allí, a la hora de la comida les pregunté de nuevo sobre la historia de ese edificio; cada vez que lo

hago, ellos hacen como que no oyen, pero les hice tantas preguntas que sospecharon y me interrogaron sobre mi insistencia, y cuando les dije que un compañero nuevo se había mudado allí, no lo podían creer.



—Pero, ¿por qué? —pregunté preocupado; ella se encogió de hombros—. ¿No lograste que te dijeran nada?

—Que pasó algo horrible, hace muchos años. Nada más.

Por un lado me quedé un poco decepcionado pero, por otro, después de que me platicara esto último, en lugar de ir a alcanzar a sus amigas, Gabriela se quedó conmigo y compartimos un par de suspiros de preocupación.

No logré resolver ningún misterio, pero al menos creo que empecé una amistad.

Siete

Lo que más preocupaba a Alejandro era el cambio repentino de su padre. Su humor empeoraba día con día y ni él mismo parecía conocer la causa.

—Me duele la cabeza —le respondía a su esposa cuando ella preguntaba. Alejandro no se atrevía a dirigirle la palabra si lo encontraba en ese estado.

Una tarde, mientras Alejandro hacía la tarea en la mesa de la sala con su mamá, su papá salió de la reclusión en la que se sumía cada tarde cuando volvía del trabajo. Tomó el saco del respaldo de la silla, se lo puso y tomó el gran manojito de llaves de todas las puertas del edificio.

—¿Qué pasó, amor?, ¿a dónde vas?

—A la farmacia —contestó él secamente.

—¿Para qué te llevas todas las llaves, si quieres toma mi llavero, está en la...

El papá la silenció con la mirada. En sus ojos había una extraña mezcla de desprecio, enojo, ¿odio? Alejandro miró el semblante de su madre. Ella también había reconocido algo así en esos ojos.



El papá salió y azotó la puerta tras de sí. Alejandro miró cómo la barbilla de su mamá temblaba. Ella se mordió el labio, se levantó de la mesa y se fue; no quería que su hijo fuera testigo de sus lágrimas.

Alejandro se encerró en su recámara; hubiera querido echarse a llorar, cerrar las cortinas y dormirse lo más rápido posible. Cualquier pesadilla era mejor que ver a su papá en esas condiciones. Pero no podía hacerlo. Lo que estaba ocurriendo con su papá se relacionaba con todo lo demás: el niño, la anciana, ese extraño cuaderno bajo su colchón. Lo sacó y pasó las hojas desesperado. Si ahí estaba la respuesta, ¿cuál era? ¿Y si él no era capaz de reconocerla? Sospechaba que la solución dependía únicamente de él, y se sentía muy débil como para sobrellevar esa carga.

Un ruido desvió su atención del cuaderno. Sin duda provenía del departamento de enfrente. Casi le dio gusto; necesitaba hablar con alguien, aunque fuera con el niño raro que vivía en ese lugar.

Se asomó y estaba a punto de abrir la ventana cuando lo sorprendió, en el lugar donde esperaba ver la figura del niño, encontrar la de su propio padre. No lo miraba, sólo caminaba de un lado a otro, como una presa en su jaula. Alejandro calló a Mercurio, que había empezado a ladrar, apagó la luz del buró y apenas asomó los ojos.

Su papá caminaba con rapidez, desesperado. Varias veces golpeó la pared con fuerza. Después se golpeó a sí mismo. Alejandro miraba la

silueta distorsionada de su papá por las lágrimas que habían empezado a salir de sus ojos. ¿Qué hacía allí? Su presencia en ese lugar sólo confirmaba las sospechas de Alejandro. Todo era parte de lo mismo.

Abrió el cuaderno y siguió pasando hojas. Según él, ya había revisado todo lo dibujado o escrito ahí sin encontrar alguna pista; pero no tenía otro recurso. Tal vez había pasado algo por alto. Las hojas se humedecían al contacto con sus lágrimas. Si la respuesta no estaba allí, no tenía idea de dónde encontrarla.

Mientras se sonaba y se limpiaba la cara, dejó una página abierta. Era otro dibujo de un médico con cara malévol. También tenía un corazón con la cara de una mujer en el centro. Se veían algunos tachones, bajo ellos apenas se podía percibir la cara de un hombre. Nada nuevo. Pero había algo más. Ese dibujo también ilustraba un calendario con una fecha: noviembre de 1972. Alejandro pensó un poco, pero no pudo sacar una conclusión. Tal vez en esa fecha habían ocurrido esos sucesos horribles que contaba Gabriela. ¿Cómo averiguarlo?

El sonido de un portazo lo sacó de sus reflexiones. Abrió la puerta de su cuarto y se asomó un poco. Escuchó la voz de su mamá.

—Te tardaste mucho. ¿Qué fuiste a comprar?

—¡Deja de preguntarme cosas! —gritó el papá con una voz que nunca le había oído—. ¡Siempre estás acosándome! ¡Déjame en paz!

—Pero yo...

Seguramente la mamá iba a explicarle que no lo estaba acosando, que sólo era curiosidad, que sólo estaba preocupada por él. Pero no alcanzó a decirlo. Se escuchó un golpe seco. Mercurio empezó a ladrar desesperado.

Alejandro salió de su recámara y corrió al pasillo, donde encontró a su mamá en el suelo; su cara revelaba toda su angustia y desconcierto. El papá de Alejandro estaba a su lado, sollozando intensamente y pidiendo perdón. Alejandro se detuvo. Su mamá lo

miró y no supo cómo explicarle con la mirada lo que acababa de ocurrir. Sólo le dirigió un ademán para que guardara silencio y volviera a su cuarto.

Alejandro obedeció. No quería ver más el cuaderno. Ahora sólo ansiaba escapar de todo eso a través del sueño. Se acostó en su cama y lloró mucho tiempo antes de lograr quedarse dormido.

Al día siguiente su mamá lo llevó al colegio. Estaba muy pálida y ojerosa, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—Mamá —se atrevió a preguntar—, ¿qué pasó anoche?

Su mamá se mordió el labio. Alejandro supo que no se trataba de no contestarle, más bien ella tampoco tenía la respuesta. Sólo se encogió de hombros y dejó salir un par de lágrimas.

—Tal vez tengamos que buscar ayuda —fue lo único que su temblorosa voz alcanzó a decir.

Sí. Tenían que buscar ayuda. Alejandro no sabía qué tenía que hacer, pero estaba convencido de que fuera lo que fuese, no podía hacerlo solo.

Durante el recreo, Gabriela escuchó el relato de Alejandro sin siquiera probar su sándwich. Dudaba si confiar en ella, pero si no hablaba con alguien explotaría. Los amigos de su antigua colonia estaban demasiado lejos, y contar algo así por teléfono simplemente no parecía estar bien.

Gabriela era la única persona con quien había hablado en la escuela. Sólo ella se le había acercado espontáneamente, y eso tenía valor para él. Ahora ella estaba enfrente, mirándolo boquiabierta y sin decir nada.

—Por favor —dijo Alejandro—, di que me crees y que vas a ayudarme.

—Pues de creerte sí te creo. Claro que sí; de ese edificio se cuentan historias muy raras. Pero no sé cómo ayudarte, la verdad es que por

ahí no me paro ni loca, y bueno...

—No, no te pido que vayas —la tranquilizó Alejandro—, sólo averigua con tus papás cuáles son las cosas horribles que pasaron en mi edificio. Nada más. Por el calendario del cuaderno, noviembre de 1972 puede ser una fecha importante, tal vez entonces pasó algo. A lo mejor tus papás lo saben. Según me contó la anciana, supongo que mataron a alguien, a dos personas, creo. No estoy seguro, y en todo caso es lo único que sé y no me sirve de mucho. Necesito saber más. ¡Por favor, pídeles a tus papás que te cuenten, convéncelos!

—Pues sí, puedo intentarlo. Voy a tratar, en serio.

El timbre que anunciaba el fin del recreo sonó encima de sus cabezas. Gabriela envolvió de nuevo su sándwich.

—No tengo hambre —le dio una explicación que Alejandro no había pedido.

Los papás de Gabriela enmudecieron nuevamente ante las preguntas de su hija. En cambio su hermano mayor, Juan Luis, se unió a ella en el interrogatorio.

—No se hagan, ustedes saben qué pasó en ese edificio. ¡Cuenten, cuenten! —dijo el muchacho.

—La hora de la comida no es para hablar de esas cosas —sentenció su mamá.

—¡Pero la otra vez no estábamos comiendo y tampoco quisieron contarme! —rezongó Gabriela.

—Bueno, no son cosas que un niño deba saber.

—¡Pero mi amigo vive allí y tampoco sabe, ni sus papás, pues vienen de una colonia que está bien lejos!

—¡Uf! ¿Un amigo tuyo vive allí?, ¡qué grueso! —se sorprendió Juan Luis.

Gabriela siguió insistiendo durante toda la comida.

—Fue un crimen, ¿de acuerdo? Un crimen muy feo, y una niña de

tu edad no tiene por qué saber... —acabó diciendo su papá.

—¿Y alguien de mi edad? —interrumpió Juan Luis—. ¡Ya tengo quince!

El papá ignoró el comentario de su hijo mayor.

—No quiero que se vuelva a mencionar ese asunto, ¿entendido?

Gabriela bajó la mirada. Conocía bien a su papá y podía distinguir cuando era, en serio, su última palabra.

En la tarde, mientras hacía la tarea en su recámara, Gabriela recibió la inquieta e inusual visita de su hermano.

—¿Y ese amigo tuyo que vive allí es un *freak* o qué?

—No —dijo ella terminante—, es buena gente, y necesita ayuda. En serio, el pobre está desesperado.

—Yo creo que sé cómo puedes averiguarlo. Mis papás no te van a decir nada y tampoco a mí porque voy a venir de chismoso contigo, como cuando te conté la película *El exorcista* y no pudiste dormir en una semana, ¿te acuerdas? —Juan Luis se echó a reír.

—¿Cómo puedo averiguar?

Gabriela prefirió ahuyentar el recuerdo de *El exorcista*.

—Pues en la hemeroteca.

Gabriela se quedó perpleja. Creía haber oído esa palabra, pero hasta ahora se daba cuenta de que no conocía su significado.

—Ahí guardan todos los periódicos y revistas —explicó Juan Luis—. Y si ese crimen fue tan famoso, seguro habrá salido en el periódico.

—Alejandro cree que todo pasó en noviembre de 1972.

—Eso está bien. No habrá tantos periódicos por revisar.

Al día siguiente, Gabriela le contó a Alejandro la sugerencia de su hermano. Juan Luis le había dicho que la hemeroteca estaba en la Universidad Nacional. Y no estaba tan lejos de la colonia, pero ¿qué pretexto pondría para ir? No sabía andar solo en autobuses, y le daba miedo circular por esa ciudad que no tenía ninguna buena fama entre

la gente del lugar donde vivía antes.

—Juan Luis me dijo que si queríamos, él podría ayudarnos.

Alejandro asintió. Estaba agradecido con Gabriela y con su hermano. Aún no sabía cómo un adolescente de quince años podría ayudarlo, pero que se hubiera ofrecido lo hacía sentirse menos solitario. Sin embargo, lo que mejor lo hizo sentir fue el plural que Gabriela había usado. *Él podría ayudarnos.*

Hacía tiempo que no le pasaba, pero en ese momento lamentó nuevamente ser hijo único.



Ocho

Estoy muy asustado. Ya sé qué fue lo que pasó en este edificio y fue en verdad horrible.

Revisé en la hemeroteca toda la información que apareció en noviembre de 1972; Juan Luis y Gabriela me ayudaron, si no, no sé qué hubiera hecho. Ni siquiera hubiera podido llegar hasta allá, y menos examinar los periódicos de todo un mes yo solo.

Pero sí la encontramos. El 8 de noviembre de 1972, un hombre mató a su esposa y a su hija de once años. Aquí, en este edificio donde ahora escribo esto. Me da escalofrío de sólo pensarlo.

La nota decía que el hombre se había vuelto loco a partir de ese momento, pero que no lo estaba antes. Era un profesor de secundaria, según esto muy normal. Eso decía el periódico. En el resto del mes sólo aparecía otra nota chiquita donde se contaba que el hombre, a quien habían encerrado en un manicomio, había tratado de suicidarse y no lo había logrado. Después de eso, ni una noticia más. ¿Pues qué más quería? No lo sé.

Salimos de la hemeroteca en silencio. Yo estaba muy agradecido con Gabriela y con Juan Luis que, estoy seguro, me compadecían. No sé ni cómo logré separarme de ellos y empezar a caminar hacia acá ya entrada la noche.

Cuando llegué no encontré nada nuevo. Mi papá estaba encerrado

en su recámara, y mi mamá me dijo que hoy tampoco había ido a trabajar. Ella tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Últimamente no se le ven de otra manera.

Fue horrible lo que pasó aquí. Y por todo lo que está pasando ahora, siento que puede volver a suceder... con nosotros. Mi papá no es un loco ni un asesino, pero ese señor que se la pasa todo el día encerrado en la recámara no es mi papá. No es, lo sé. Es alguien a quien yo no conozco. A lo mejor está poseído por el espíritu de ese hombre que mató a su familia, pero eso sólo podría suceder si él ya hubiera muerto. Pero quién sabe, porque al menos en todo noviembre, el único mes que nos dio tiempo de revisar, no logró suicidarse con éxito. Así es que no pudimos saber qué fue de él, si después lo logró o si sigue en cerrado en el manicomio, en la cárcel o qué.

Ahora, a pesar de saber algo que supongo es importantísimo, sigo sin entender nada, la verdad. En el periódico decía que el hombre mató a su esposa y a su HIJA. En cambio, el que está dibujado en mi cuaderno es un niño. Y también el vecino del departamento de enfrente. Eso me confunde y no sé cómo explicarlo. No sé cómo explicar nada en realidad; sospecho que a mí me toca resolverlo y me siento inútil porque no encuentro una respuesta. No sé qué voy a hacer.

Oigo gritos, creo que mi papá (más bien ese hombre que no parece serlo) salió de la recámara. Tengo que irme.

Nueve

Al escuchar los gritos, Mercurio empezó a ladrar. Alejandro lo dejó encerrado en el cuarto y salió sigilosamente.

—¡Tú tienes la culpa! ¡Tú tienes la culpa de que esté así!

El papá de Alejandro gritaba con su propia voz, pero ésta no le pertenecía. Alejandro no podía explicarlo, pero así era.

La mamá lo miraba desde el otro lado de la sala. Ella tampoco entendía nada.

—¿De que esté así quién? —respondió suplicante la mamá — ¡Te juro que no sé de qué me estás hablando! ¡Dímelo por favor!

La mamá de Alejandro rompió a llorar de nuevo. El papá estaba parado en medio de la sala, mesándose los cabellos con enojo y desesperación.

—Nunca debí haberte escogido ¡Nunca! —decía, más para sí que para ella—. Yo sólo quería que él estuviera sano y bien, y por tu culpa... ¡por tu culpa!

El papá de Alejandro dio un par de amenazantes pasos hacia su mamá. Alejandro se puso en guardia. El papá avanzó con decisión y entonces ella corrió. Ninguno de los dos se había percatado de que Alejandro los miraba desde el pasillo. La mamá corrió hacia la recámara de su hijo y el papá fue tras ella con paso firme, pero Alejandro se interpuso en su camino para darle tiempo a su mamá de

encerrarse en la recámara. Alejandro sentía temblar todo su cuerpo. El papá respiró hondo.



—Apártate —le ordenó. Alejandro permaneció en silencio; los ojos de otra persona, rojos, lo miraban desde la figura de su padre. Alejandro tenía ahora la certeza de que el hombre allí parado frente a él no era su papá.

—¡Es su culpa que tú estés así! ¡Su culpa! —gritó el hombre; la mamá, al escuchar los gritos volvió al pasillo y atestiguó cómo su marido, de un empujón, apartaba a Alejandro de su camino.

Él intentó detener su caída con la mano, pero se torció la muñeca. Gritó de dolor. Su mamá corrió a su lado, presa de una furia de naturaleza distinta, pero tan intensa como la del papá.

—¿Te lastimó? ¡¿Te lastimó?! —

—No, sólo... sólo me torcí un poco, nada más —respondió Alejandro, que no quería agravar más las cosas.

Sin embargo, no importó su respuesta. Su mamá se puso de pie y se acercó poco a poco al papá señalándolo con el dedo.

—Yo me puedo defender, no importa que me persigas y me grites —le dijo con voz serenamente grave—. Pero a Alejandro, óyelo bien, es la última vez que le pones una mano encima, ¿entiendes?

Alejandro vio como su papá bajaba primero la vista, luego la cabeza.

—¡¿Entiendes?! —gritó la mamá.

Entonces el papá de Alejandro pareció derrumbarse. Se hincó en el suelo y se echó a llorar, abrazado a las piernas de su esposa.

Ella y su hijo se miraron a los ojos; por un segundo compartieron su confusión y miedo.

La mamá de Alejandro le hizo señas de que fuera a su cuarto. Él se negó pero ella insistió. “Todo va a estar bien”, parecía decirle con la mirada. Como si lo siguiente formara parte de una dinámica que ya conocía. Tomó a su esposo por los hombros y lo ayudó a ponerse de pie.

—Ven —le dijo tratando de dulcificar su voz—. Necesitas dormir.

El papá, como un niño pequeño obedeciendo a un adulto, la tomó de la mano y la siguió hacia la recámara con la cabeza gacha y sin dejar de llorar.

Alejandro quiso seguirlos, pero la mamá, con un gesto, le pidió no hacerlo. Entonces fue a su recámara, con más preguntas de las que antes tenía.

Recordó su sueño. Él era un niño adolorido en una cama. La mujer que era su madre, le había dicho “Yo no tuve la culpa”. Y ahora su papá le había echado la culpa a su mamá de que él estuviera así.

—¿Así cómo? —preguntó en voz alta Alejandro. Mercurio, que dormía a los pies de la cama, levantó la cabeza.

Alejandro sintió la necesidad de desahogarse, de hablar sobre lo ocurrido, además de sus dudas, su preocupación y sus miedos. La mejor y, en ese momento, la única forma era escribirlo en su diario. Lo había estado haciendo justo antes de escuchar el portazo que lo hizo asomarse; el bolígrafo permanecía aún en la página en donde se había quedado. Al tomarlo sintió cierta molestia. Había olvidado el dolor en su muñeca. Recordó la pomada medicinal de la anciana y lo bien que le había hecho cuando se golpeó la cabeza con la tapa del depósito de basura. Se untó un poco y movió la muñeca de un lado a otro. No era un dolor insoportable, pero sí le molestaba un poco al hacer el movimiento para escribir.

No le importó. Necesitaba deshacerse de esa carga. Al menos eso sentía. Sin embargo no pudo escribir ni media página. Antes de relatar el empujón de su papá, se quedó dormido encima del cuaderno.

A la mañana siguiente, Mercurio lo despertó con su brincoteo. La poca luz en su recámara lo hizo darse cuenta de que apenas amanecía. Se sentía incómodo y con frío. Había pasado la noche recargado en el escritorio.

Casi sin abrir los ojos fue a tirarse en su cama y se cubrió con la colcha. Intentó volver a dormir mientras pensaba cómo habían

cambiado las cosas para él. No le dio nada de gusto recordar que era sábado. Hubiera preferido mil veces ir a la escuela y escapar, al menos durante la mañana, del infierno en el que se había convertido su casa.

También intentó recordar sus sueños. Cuando usó por primera vez la pomada había tenido uno muy revelador. Pero esta vez, nada. Su cerebro parecía haberse apagado cuando tomó el bolígrafo para escribir su diario hasta el momento en que Mercurio lo despertó.

Los intentos por recuperar la memoria de sus sueños fueron inútiles. “Tal vez no dormí nada aunque crea que sí”, pensó. Se sentía cansado, como si no hubiera dormido en toda la noche. Pero, al menos, el dolor de la muñeca había desaparecido por completo.

Escuchó ruidos en la cocina. Seguramente su mamá ya se había levantado y preparaba algo de desayunar. Alejandro temblaba sólo de pensar en tener que sentarse frente a su papá durante todo el desayuno. Le quitaba el hambre irremediablemente.

Un cuarto de hora después, la mamá de Alejandro entró en su recámara. Ya estaba arreglada, lo cual no era la costumbre para un sábado tan temprano. Se recargó en el escritorio de Alejandro y desde allí le habló.

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja, mientras Mercurio brincaba a su alrededor moviendo la cola. Alejandro se descubrió la cabeza y asintió—. Tu papá y yo vamos a salir. Has visto que algo le pasa, no sé qué es, ni él tampoco.

Alejandro se incorporó y se sentó en la cama.

—Tenemos cita con un médico... un psiquiatra —la voz de la mamá de Alejandro se resistía a quebrarse—. Ojalá pueda ayudarnos, porque...

—¿Porque si no, tendremos que irnos de aquí? —preguntó Alejandro.

—No lo sé —dijo ella bajando la mirada.

—Eso tendríamos que hacer, irnos, porque mi papá se empezó a

poner así cuando llegamos, y es porque... —Alejandro se interrumpió. Recordó las advertencias del niño y de la anciana. Calló también al ver cómo su mamá miraba el cuaderno sobre su escritorio.

—No... no sabía que dibujabas —dijo ella, tragando saliva.

—No dibujo. No en ese cuaderno, es mi diario —contestó él recalcando la palabra *diario* para indicar que se trataba de algo privado.

Su mamá, mordiéndose el labio, se acercó a la cama y le mostró el cuaderno. Bajo sus últimas líneas estaba dibujado un médico con cara de malvado, junto a él, un niño ojeroso y enfermo que lloraba en su cama; encima de ésta, un calendario que marcaba precisamente el mes y el año en el que estaban: noviembre de 2005.



Diez

Yo no hice el dibujo de arriba. En primera, la letra del calendario no es mía... Además, yo no sé dibujar, ni siquiera algo como lo que está aquí. Lo raro es que amanecí con los dedos llenos de rayitas de pluma. Bueno, más o menos raro, porque en este lugar ya nada me parece normal.

A lo mejor sí lo hice yo, pero alguien más me guió la mano. Saqué el cuaderno que la anciana me dio, comparé los dibujos y se parecen muchísimo. O sea que los hizo el mismo niño que dibujó los otros, pero quién sabe cómo le haría para trazarlos a través de mi mano. Me da muchísimo miedo pensar que alguien puede venir a hacerme dibujar cosas como éstas mientras duermo. Con razón mi mamá se asustó al verlas, parecen entre fantasmagóricas y diabólicas, no sé, no es algo que un niño normal ande dibujando. Tampoco se quedó tranquila cuando le aseguré que yo no lo había hecho. Pues claro, ha de pensar y con razón: “si no lo hizo Alejandro, ni modo que lo haya hecho Mercurio.” Pobre mamá, ya está muy preocupada por lo de mi papá, y ahora también por mí, ha de creer que nos estamos volviendo locos.

Tal vez la pomada que me dio la anciana tuvo algo qué ver. La vez pasada que me la puse en la cabeza soñé con ese niño y ahora me la unté en la mano y dibujé como él, pero esto preferí ya no explicárselo

a mi mamá.

No me gustaba más que a ella la idea de quedarme aquí solo toda la mañana. Para distraerme me puse a jugar con Mercurio. Los perros son muy bobos, se divierten con cualquier cosa, y a Mercurio lo que más le gusta es que le aviente una pelota de esponja para correr a buscarla. O que le aviente cualquier cosa, pero tengo que decirle “la pelota, Mercurio, la pelota”, aunque sea una goma o una botella de plástico o un tenis viejo. Mercurio podría haber jugado el día completito, pero yo me aburrí rápido. Además, tenía mucho por hacer como para seguir jugando toda la mañana. Ahora que mis papás habían salido, debía aprovechar.

Ni modo, busqué el llavero grande donde están todas las llaves del edificio y fui al departamento de enfrente. Las otras veces que estuve allí era de noche, y lleno de luz se ve muy distinto, como cualquier departamento vacío. Ahora no se oía la música de la cajita, sino los motores de algunos coches pasando por la calle.

Entré hasta el cuarto del niño, donde había estado la otra vez. Tenía miedo, pero mucho menos que antes. Es muy distinto ir porque uno quiere y no obligado por una fuerza extraña. Y ahora no había nada allí. Ni muebles, ni cajita de música y menos aún el niño misterioso. El cuarto estaba vacío, tal como lo veo desde mi ventana.

—Oye... niño... ¿Estás? Necesito hablar contigo —dije quedito. Al decirlo en voz alta me sentí un poco loco.

Pero nada pasó. Me asomé por la ventana para ver mi cuarto. Vi la cabeza de Mercurio, brincaba como si supiera que yo estaba en el departamento de enfrente.

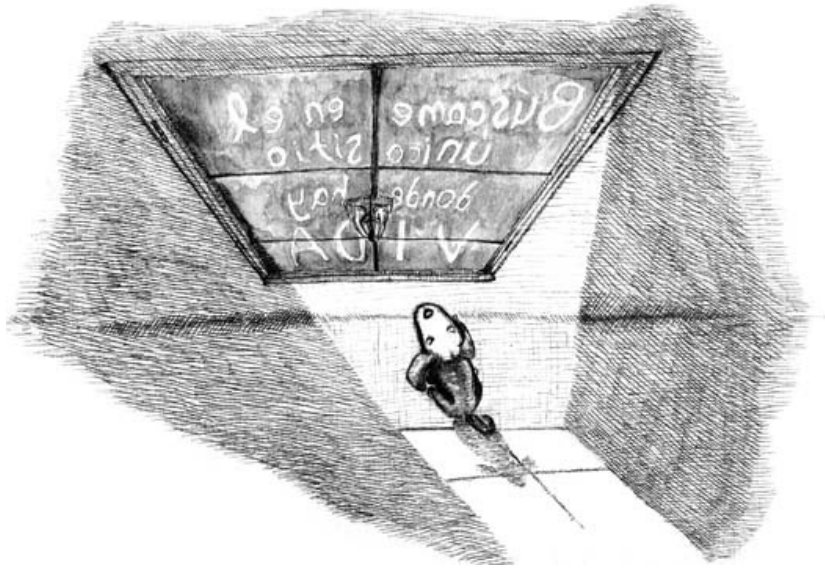
No sé cuánto tiempo me quedé mirando hacia mi ventana iluminada por el sol, y concentrado para que el niño apareciera. Tenía que hacerle saber de alguna manera que estaba allí y necesitaba urgentemente hablar con él...

Pero mi esfuerzo mental no sirvió de mucho. Cuando empecé a

cansarme, algo me distrajo. En mi propia ventana alcancé a ver un letrero que brillaba con los rayos del sol. No podía leerlo. Me asomé más y entorné los ojos. Conforme subía el sol, las letras eran más claras, pero estaban demasiado lejos como para leer el mensaje completo.

Regresé a mi departamento y corrí directamente a mi ventana. Ahí estaba el letrero. Desde adentro las letras parecían transparentes; sólo podían verse por la manera como el sol las reflejaba. Desde allí el letrero se leía al revés, pero ya era clarísimo y no necesité un espejo, pues sólo eran unas pocas palabras.

Decía: “Búscame en el único sitio donde hay vida”.



Once

Alejandro se sentó pesadamente en la silla frente al escritorio, donde el cuaderno estaba abierto en la página del dibujo que supuestamente había hecho.

“Búscame en el único sitio donde hay vida”. ¿Qué demonios quería decir eso? Vida había en todo el planeta Tierra, hasta en el desierto. Las cosas tendrían que funcionar al revés: los misterios se desvelan conforme hay nuevos descubrimientos. En ese caso sucedía exactamente lo contrario. Si ese letrero era una pista, sólo había servido para confundirlo más.

Alejandro no dejaba de mirar en su cuaderno el rostro aterrorizado de ese niño en cama, el calendario abierto en la fecha corriente y el médico que venía directamente del infierno. “Búscame en el único sitio donde hay vida”. Nunca había sido bueno para los acertijos ni para las adivinanzas. Pensó en trabajar por eliminación. De modo que empezó por asumir que no tenía que buscar en Marte. O en la Luna... Era tan absurdo.

El sonido del teléfono interrumpió sus cavilaciones. Seguramente era su mamá, para avisarle cómo estaban las cosas en el consultorio de ese médico. Sin dejar a un lado sus pensamientos, fue a contestar. No era su mamá, sino Gabriela. Era la primera vez que lo llamaba por teléfono y eso le dio gusto. Pero no era ella quien quería hablar con él,

sino Juan Luis.

—He estado averiguando cosas —le dijo—. Sería bueno que nos viéramos para platicar, ¿puedes ahora?

Alejandro dudó, no de sus ganas de ir y hablar con alguien del asunto, sino de salir sin permiso de sus papás.

—Es que no sé, mis papás se fueron...

—¿Estás solo? Mucho mejor, si quieres voy a tu casa.

Alejandro suspiró aliviado. Nunca creyó que alguien iría a su casa por voluntad propia.

—¡Claro que puedes venir!

Juan Luis no tardó mucho en llegar y con él venía Gabriela, cuya curiosidad superó su miedo y, aunque parecía actuar con mucha cautela y mirar todo con cierta sospecha, ahí estaba. Eso alegró aún más a Alejandro.

Se sentaron en la sala, entre algunas cajas aún sin abrir. Pues claro, con todos los acontecimientos, nadie había vuelto a ocuparse de acomodar cosas en esa casa.

Era tanta la ansiedad de Alejandro por escuchar a Juan que se le olvidaron los modales y no les ofreció ni agua.

—Como no me pareció suficiente lo que encontramos en la hemeroteca —comenzó Juan Luis—, me puse a investigar en internet y me encontré con una página de historias de crímenes extraños. No había gran cosa. Sí estaba la nota, pero venía casi lo mismo que encontramos en el periódico. Lo bueno es que ahí daban la bibliografía de una serie de libros justamente sobre reportajes de nota roja que se hicieron aquí en México. Los reportajes son más amplios, con entrevistas y todo, y claro que pensé que a fuerzas este asunto tenía que venir en esos libros.

Juan Luis guardó silencio. Alejandro dijo “¿ajá?”, lo cual quería decir “¿y luego?” Por toda respuesta, Juan Luis metió la mano en su mochila y sacó un ejemplar.

—Aquí está. Toda la historia, con fotos y toda la cosa.

Alejandro recibió el libro. Parecía viejo, las orillas de sus páginas estaban amarillentas y la portada bastante maltratada. Alejandro empezó a hojearlo. Su olor —a antiguo, a húmedo— le recordaba un poco el del cuarto del departamento de enfrente habitado por el niño misterioso.

—¿Dónde lo conseguiste? —le preguntó a Juan Luis.

—En una librería de viejo del centro. De esas en las que, si te lo propones, puedes encontrar casi cualquier cosa —explicó Juan Luis, quien parecía muy entusiasmado—. La historia está en la página cuarenta y tres. Es macabra, ¿eh?, así que toma tus precauciones.

Alejandro abrió los ojos. Miró a Juan Luis como en espera de que le diera las precauciones más convenientes. Pero Juan Luis no dijo nada más. Parecía ansioso de que Alejandro empezara a leer. Éste miró a Gabriela, como buscando una opinión. Pero ella fue muy clara: negó con la cabeza, desvió la mirada y la fijó en Mercurio, que jugueteaba con ella montado en su regazo.

Alejandro recordó la sugerencia tanto del niño misterioso como la de la no menos misteriosa anciana. Una terapia antimiedo podía serle particularmente útil en ese momento. Aunque, después de todo, ¿había algo peor a lo que él ya había vivido? A fin de cuentas sólo era un libro. Sólo páginas con una historia impresa ocurrida muchos años antes. Así que respiró hondo y comenzó a leer:

Era una noche poco después del día de muertos, cuando gritos desesperados rompieron el silencio de una colonia que en aquel entonces era mucho más tranquila. Pasarían muchas horas, sin embargo, antes de conocer el motivo de los alaridos.

El 10 de noviembre de 1972 se recibió la llamada de una

mujer que se negó a dar su nombre. Ella afirmaba que en el cuarto piso del edificio ubicado en la esquina de Capistrano y General Ojeda, en la colonia Electricistas, había ocurrido algo terrible. Las autoridades hicieron caso omiso, creyendo que se trataba de una de las tantas bromas ociosas que allí se reciben. Sin embargo, la misteriosa mujer siguió insistiendo hasta que una patrulla fue enviada al lugar del presunto hecho macabro.

Los agentes empezaron a sospechar que esa mujer no mentía desde el momento en que nadie abrió en el citado domicilio.

Procedieron entonces a interrogar a la dependienta del negocio “Ropafresca”, lavandería ubicada en la planta baja del inmueble. La mujer dijo que el edificio estaba vacío, excepto por el cuarto piso donde vivía una familia compuesta por el padre, la madre y una niña de unos once o doce años, según sus cálculos. Afirmó no haberlos visto en las pasadas cuarenta y ocho horas y no sospechar ni saber nada con respecto a algún hecho violento ocurrido allí.

El llamado de los agentes no tuvo respuesta, por lo que se vieron obligados a forzar la cerradura de la puerta del edificio y, posteriormente, la del departamento del cuarto piso.

Grandes fueron su horror y su sorpresa al percatarse de que las palabras de la misteriosa mujer del teléfono estaban cargadas de razón. Los agentes hallaron los cuerpos sin vida de una mujer de unos treinta y cinco años y de una niña de doce, de quienes más tarde se conocería su identidad.

Ambas habían sido victimadas con un cuchillo.

El esposo de la primera y padre de la segunda permanecía con vida en un rincón de la cocina, cubierto de sangre. Los agentes trataron inútilmente de interrogarlo, pero el hombre parecía sufrir los efectos de una perturbada condición mental. Las primeras sospechas no recayeron en él, sino en un asesino externo; y se dedujo que el padre de familia, al presenciar los hechos, había quedado en estado de shock. Sin embargo, esta hipótesis pronto sería desechada pues procedió a comprobarse que él mismo había sido el autor de los crímenes, por pruebas tan contundentes como las huellas digitales en el arma homicida y más adelante gracias a la desquiciada confesión envuelta en llanto hecha por él de viva voz: “¡Yo las maté, pero ella tuvo la culpa!”, fue básicamente lo que dijo. Incapaz de dar más detalles, procedió a repetirlo innumerables veces.

Fue declarado culpable, pero como estaba por completo afectado de sus facultades mentales, ingresó en un hospital psiquiátrico de alta seguridad en el oriente de la ciudad.

De acuerdo con las declaraciones de diversos testigos, el padre de familia era un hombre normal y nunca había dado muestras de ser una persona violenta o trastornada. Alumnos suyos afirmaron que era un profesor bondadoso y ejemplar, pero súbitamente, días antes de los hechos, había empezado a mostrarse extrañamente irritable. Otros testigos contaron que entre el hombre, su esposa y su hija había una relación magnífica.

La policía intentó buscar más testigos, pero no había vecinos, y al averiguar sobre los propietarios del edificio, la dependienta del negocio “Ropafresca” afirmó que tanto ella como la desgraciada familia de inquilinos, depositaban las rentas en una cuenta bancaria y desconocían a los dueños del inmueble.

El único familiar a quien se pudo interrogar fue la madre del victimario, quien afirmó con absoluta certeza que su hijo no había cometido esos crímenes. “No fue él quien lo hizo, sino alguien que estaba dentro de él en ese momento, alguien usurpó su cuerpo. Y está en ese edificio”, aseguró serenamente ante la perpleja e incrédula mirada de la autoridad.

Después de ingresar en el sanatorio, el padre asesino hizo algunos intentos fallidos de atentar contra su propia vida, hasta que un mes y medio después lo consiguió. Se colgó de la regadera con una sábana firmemente anudada.

Esto fue lo último que se supo en los medios sobre el macabro caso de “El padre de familia asesino”.

Alejandro sintió temblar sus manos al trasladar su mirada a la página siguiente, donde venían impresas reducciones de los periódicos de nota roja que habían reseñado la noticia. Los titulares no eran nada originales. “Padre asesino”, decía uno de ellos. “Las maté pero fue su culpa”, se leía en otro. Alejandro intentó pasar su vista apenas por encima, sólo para no quedarse con la idea de que algo le había faltado por ver. Pero una imagen llamó su atención. Una mujer. Él la conocía. En el pie de foto Alejandro leyó: “La suegra y abuela de las dos víctimas, afirmó que su hijo actuó poseído por un espíritu ajeno”.

Después regresó a la foto. Ya sabía de quién se trataba. Se veía más joven en la foto, pero no le cabía la menor duda: la madre del asesino era la anciana misteriosa con quien él ya había hablado más de una vez.



Doce

Hace rato llegaron mis papás. Pasaron toda la mañana y parte de la tarde en el hospital, en donde le hicieron un montón de estudios a mi papá. Dice mi mamá que no revelaron nada, y todo salió normalísimo. No me contó mucho, pero la vi extrañada y confundida. No había dicho eso para tranquilizarme. Ella, como yo, sabe que algo anda mal y es imposible que los doctores no se hayan dado cuenta.

Pues es obvio. Nada iba a salir en los estudios; yo estoy seguro de que para averiguar algo tendrían que haber venido a hacerle las pruebas aquí, a este departamento, que es donde está el problema.

Sé también que la mujer de la fotografía del libro que me trajo Juan Luis es la anciana del cuaderno y de la pomada. Es ella, estoy seguro, ahí estaba la foto, y aunque era en blanco y negro y ella tenía treinta años menos, se veía muy claro: es la misma persona. No estaba entre mis planes buscarla pero ahora sé que debo hacerlo.

Las pistas que he ido recolectando no me sirven de mucho. Eso de “búscame en el único lugar donde hay vida” aún no significa nada, tampoco mi dibujo en medio del sueño cuando mi mano estaba poseída por esa pomada que me hace soñar y hacer cosas raras. Ese cuaderno seguramente era de la nieta de esa anciana. ¿Por qué si ella era una niña allí aparece dibujado un niño? No lo sé. ¿Por qué yo dibujé casi exactamente igual que ella? Eso tampoco lo sé. Es muy

triste decir que a estas alturas no sé nada. Pero así es.

Cuando acabamos de leer la historia de esa familia en el libro, les platiqué a Gabriela y a Juan Luis todo lo que pasó. Todo, desde el día que encontré al niño del departamento de enfrente. A ella no le gustan esas cosas. Claro, pues a quién le van a gustar, lo que quiero decir es que no le gusta oír las, y por momentos se tapaba los oídos o se ponía a jugar con Mercurio. En cambio, Juan Luis parecía muy interesado y dispuesto a ayudar. Me hizo muchas preguntas, desde el comportamiento de mi papá hasta los detalles de mis sueños. Les enseñé el cuaderno que me dio la señora y luego mis dibujos, unas páginas atrás. Juan Luis estaba muy pensativo, analizando todos los datos en su mente; yo pensé que tal vez me daría algún buen consejo, o de plano la solución al problema. Pero de pronto recibió una llamada en su celular. Sus papás los buscaban, estaban esperándolos porque irían a una comida familiar en casa de unos parientes lejanos.

—No te preocupes —me dijo—, mañana vengo para que me enseñes el edificio y busquemos pistas. Todo esto debe de llevarnos a algún lado.

Eso lo dijo refiriéndose a los cuadernos, y a lo que le había contado sobre el letrero de la ventana.

—No es mala onda —me dijo Gabriela—, pero yo voy a pasar.

Le dije que no se preocupara y le pregunté un par de cosas de la tarea para cambiar el tema y también para que se quedaran un rato más. Lo logré, pero sólo por unos minutos. Tenían que irse, ni modo.

Volví a quedarme solo y pensé que no podía esperar a que Juan Luis viniera mañana. Entonces me armé de valor y fui de nuevo al departamento de enfrente. El resultado fue casi el mismo que la vez anterior. Ni rastro de la recámara del niño, ni tampoco un letrero nuevo en mi ventana. Me di más valor aún y bajé a la lavandería. Si no podía encontrar al niño, debía buscar a la anciana.

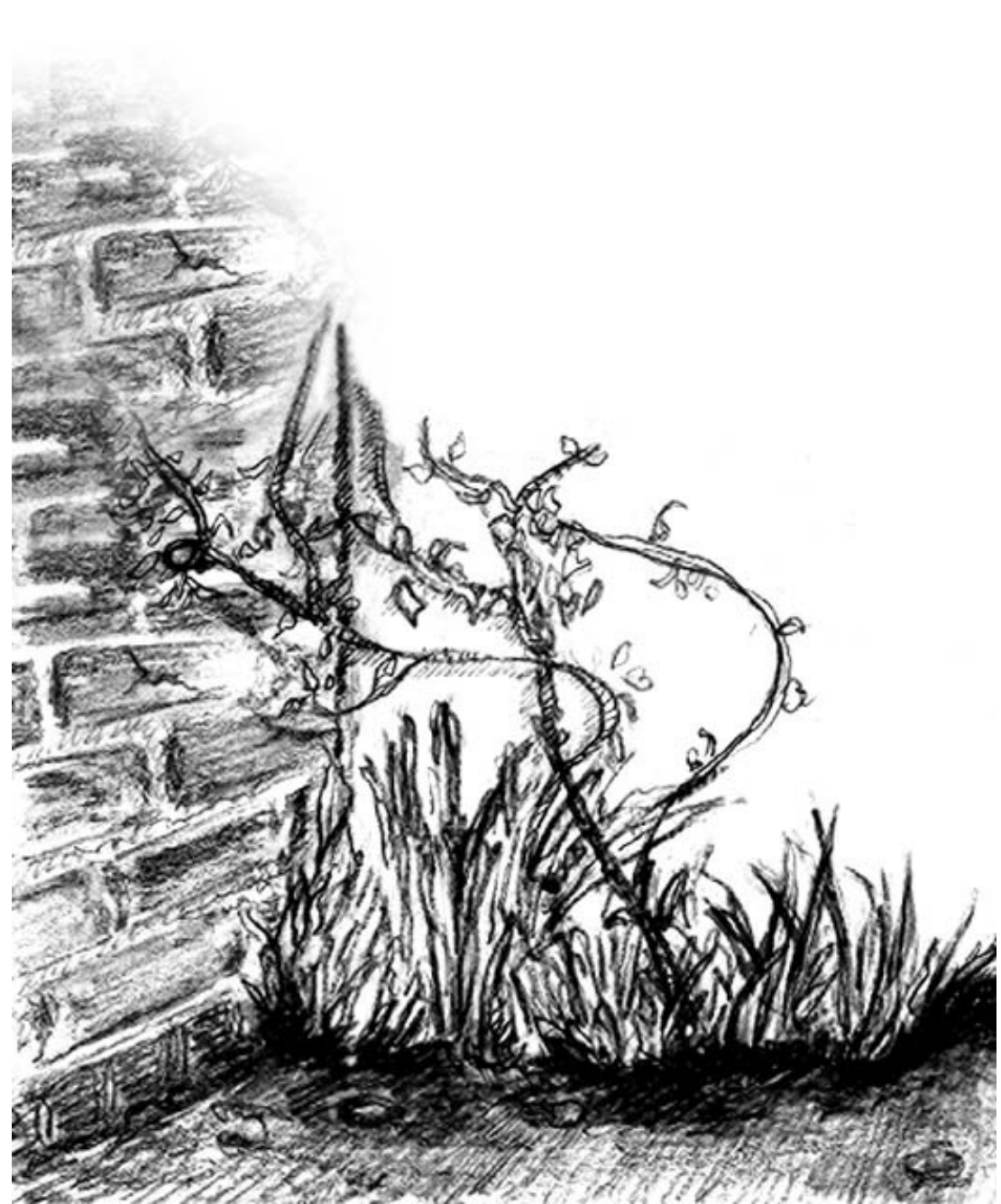
No me quedé afuera como cuando acompañé a mi mamá. Decidí

entrar. Fue fácil abrir el cerrojo. Corrí un poco la puerta, apenas un espacio para que cupiera mi cabeza. Vi las lavadoras viejas y herrumbrosas, y respiré ese olor denso que ya conozco tan bien.

—¿Señora? —dije en voz baja—. ¿Está usted por ahí?

Lo dije sin creer realmente posible encontrarla allí, si la puerta de la lavandería estaba cerrada con llave y esa señora, a pesar de todo, no entraba aún en la categoría de fantasma.

Como suponía, no tuve respuesta. Es más, no se oía absolutamente nada. Al fondo, una luz que entraba del ventanal de atrás iluminaba un poco ese sitio. Eso me animó a entrar. Pude ver el jardín que también veo desde la ventana de mi cuarto. Estaba bien iluminado, y con luz las cosas son siempre menos tétricas y más fáciles de ver. De todos modos, en ese lugar sólo había lavadoras viejas y una gran cantidad de mugre. Y a un jardín semipelón pues francamente tampoco hay mucho que verle. Pero aun así intenté abrir la puerta metálica en medio del ventanal, que parece ser el único lugar por donde se puede llegar al jardincito. Probé con algunas llaves, pero no logré abrirla. Me quedé asomado un rato, y pensé: “Sería muy bueno que el pasto de esa esquinita se extendiera...” ¡Pasto! Hasta ahora que lo escribo me doy cuenta. ¡Sólo hay pasto en esa esquinita del jardín! Y es raro, porque según vi, el sol no nada más pega allí, sino casi en toda la orilla a un lado de la barda. ¡Qué tonto! En serio, ¡qué tonto! ¡Ahí hay vida!



Trece

Alejandro salió presuroso de su recámara. Su respiración era agitada, le emocionaba haber descubierto algo. Seguiría probando llaves, alguna de ellas debía corresponder a la puerta trasera de la lavandería.

—¿Qué pasó Alex, a dónde vas? —le preguntó su mamá desde la cocina. Hasta ese momento Alejandro percibió el olor a pan horneado que inundaba el departamento. Entró en la cocina y encontró a su mamá sentada a la mesa, con los ojos llenos de lágrimas que intentó desaparecer con la manga de su blusa.

—Eeee... abajo. Aaaaa... tirar la basura —respondió él. Se acercó a ella por detrás y la rodeó con sus brazos.

—No se ha juntado mucha, anoche yo...

—Mejor la bajo aunque sea poquita. ¿No te acuerdas de las cucarachas que teníamos en la otra casa? Fue un lío deshacernos de ellas —le explicó Alejandro a su mamá mientras anudaba la bolsa negra de la basura. La escuchó suspirar profundamente.

—Va a estar bien, vas a ver —le dijo con una sonrisa menos triste que la mirada de ella—. Me llevo las llaves por si se cierra la puerta.

Alejandro arrojó la bolsa rápidamente en el contenedor y fue hacia la lavandería. Sólo hasta que estuvo en la puerta se percató de que no había tomado la precaución de llevar con él una lámpara o una vela. Cualquier cosa que le permitiera caminar entre las lavadoras. A

esa hora el sol no entraba por ningún lado. De todos modos no podía perder tiempo. No cuando, por fin, había atado al menos un par de cabos. Con las rodillas temblorosas se agachó a quitar el cerrojo, corrió la puerta para abrir un espacio por el que apenas cupo, y entró.

La oscuridad envolvía casi por completo el lugar, excepto la parte trasera, a donde se colaba la luz de la luna desde el ventanal del fondo. Incapaz de contener las ansias, atravesó el pasillo con rapidez; a medio camino tropezó con un tubo que no recordaba aun cuando ya lo había visto en la tarde. Sobándose el empeine, se agachó enojado e intentó apartarlo del camino, pero no pudo. Debía de ser parte de la tubería. Qué ocurrencia ponerlo allí. Al menos no sería difícil probar las llaves en la cerradura gracias a la luz de la luna que estaba especialmente radiante esa noche.

Probó las llaves una por una, con más paciencia que esa tarde. El esfuerzo de darles vuelta hizo que empezara a latir su dedo pulgar; para poder seguir se lo cubrió con la playera, mirando de vez en vez la esquina donde brillaba la enredadera bajo los rayos de luna.

Cuando dio con la llave correcta, se esforzó aún más para darle la vuelta a ese cerrojo que debía de tener muchos, muchos años sin abrir. Éste pronto cedió y la mano temblorosa de Alejandro empujó la puerta, que se abrió con un chirrido tan fuerte en medio del silencio, que lo hizo brincar. Tragó saliva antes de dar un paso hacia fuera.

Lentamente, preguntándose a cada paso qué buscar en ese sitio, caminó hacia el pasto. Se acuclilló y lo tocó. Pasó sus dedos por las ramas de la enredadera. No sintió nada y se preguntó casi en voz alta: “¿Qué esperabas sentir?”. Pero no podía estar equivocado. Era el único lugar que tenía vida. Al menos en ese jardín. Al poco rato, las dudas lo asaltaron de nuevo y fundieron por completo su entusiasmo.

—Ajá. Bueno. Aquí hay vida, ¿y luego? —habló en voz baja, no supo si a sí mismo o a la enredadera.

No podía quedarse hincado allí toda la noche, forzándose a

recordar sus sueños y lo que había visto en el cuaderno en un intento de encontrar otra clave.

Además se le ocurrió que una persona, por lenta que sea, no tarda tanto tiempo en tirar la basura. Su mamá se inquietaría, y él no quería darle otro motivo de preocupación. Se puso de pie y, antes de salir del jardín, lo recorrió con la mirada. Entonces pensó que tal vez el niño podía haberle dejado un mensaje, como la vez anterior, en la ventana. Levantó la cabeza hacia arriba, pero no había tal.

Solamente vio la cabeza de su padre, quien se había asomado desde la ventana de su recámara. A pesar de la lejanía, Alejandro sintió sus ojos clavados en él. Con la mirada le estaba diciendo que no debería estar ahí. Que esa esquina con pasto y enredadera no era asunto suyo. Y sonrió, como diciendo un amenazante “ya verás”.

Alejandro sintió un temblor en las rodillas que lo acompañó de vuelta hasta la entrada de la lavandería y lo hizo tropezar un par de veces. Cuando buscaba la llave para entrar al edificio, el temblor se había extendido al resto de su cuerpo. De pronto dejó caer las llaves, sorprendido por la voz carcomida de la anciana que se había aparecido de la nada justo detrás de él.

—Te dije que no hablaras con nadie de esto...

En cualquier otra circunstancia, Alejandro se hubiera quedado petrificado de miedo, pero ahora casi suspiró aliviado. Tenía un pretexto para demorar la llegada a su casa, donde lo esperaba el enemigo encarnado en su propio padre. En cambio, en ese momento sentía a la anciana como una aliada.

—Este... sí, bueno, es que... —Alejandro no encontraba palabras para justificarse. Apenas ahora recordaba la advertencia de la anciana sobre no hablar con nadie del asunto.

—Déjalo —concedió ella—. ¿Te sirvió para dejar de tener miedo? ¿Averiguaste algo? ¿Qué hay con él?

Al decir “él”, la anciana miraba hacia arriba. Se refería a su padre.

—Él no está bien —dijo Alejandro y continuó—, y sí, averigüé algo: ¡usted es la mamá del hombre que mató aquí a su familia!

Las palabras de Alejandro salieron casi atropelladas y la anciana lo miró con suspicacia.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque salió en el periódico! ¡Yo lo vi, él estaba loco y luego se suicidó en el manicomio, y ahora su espíritu maligno se le metió a mi papá y va a hacer que también nos mate!

La anciana pidió a Alejandro tranquilizarse; entraron al edificio y se sentaron en el primer peldaño de la escalera. La preocupación de Alejandro por su mamá no pasó a segundo término, sino que se le olvidó por completo.

—Es verdad, era mi hijo —comenzó a hablar la anciana—. Ese que viste en los retratos de los periódicos como si fuera un criminal, era mi hijo. Pero no fue él quien tomó la vida de su esposa y de mi querida nieta, no. No es él quien quiere meterse en el cuerpo de tu padre para que haga lo mismo con ustedes. No. Es otro, es otro. Es ese que se metió en mi hijo, él las mató. Mi hijo no supo ni lo que había hecho. Cuando lo encerraron y le dijeron que había matado a su esposa y a su hija no pudo soportarlo y por eso tomó también su vida. Pero no había sido él. Me lo dijo antes de morir. Había sido el otro.

A Alejandro le pareció ver lágrimas en los ojos de la anciana. La voz había empezado a temblarle. Hubiera querido darle alguna especie de pésame, pero tenía muchas preguntas y poco tiempo.

—¿De qué es la pomada que me dio? ¿Y de quién era el cuaderno?

—El cuaderno era de Priscilla. Mi nietecita. Yo conservé todas sus cosas, y ese cuaderno lo repasé todas las noches desde la tragedia hasta que te lo di. Sé que ahí está la clave de algo. Pero también sé que no soy yo quien debe descubrirla.

—¿Usted cree que... soy yo? —preguntó Alejandro tragando

saliva.

—Si él no se apodera de tu padre para matarte antes —respondió la anciana con una sonrisa que Alejandro no comprendió.

—¿Y la pomada?

—La mandé hacer. Con los mismos que me explicaron lo de este lugar. Ellos saben de esto.

—Me pasan cosas raras cuando me la unto, me quita el dolor, pero...

—Pero te acerca a él —interrumpió ella, antes de que se escuchara el grito de la mamá de Alejandro que lo llamaba desde la escalera.

Catorce

La noche que volví a encontrarme a la anciana, mi mamá y yo cenamos solos. Papá no salió de su recámara, y después de la mirada que me echó desde la ventana de mi cuarto mientras yo espiaba en el jardín, no quería pasar ni a darle las buenas noches, pero mi mamá me lo pidió y ni modo, tuve que ir. Cuando entré en su cuarto, él daba vueltas, agarrándose la cabeza como si estuviera muy desesperado.

—B-buenas noches, papá —le dije quedito. Él se me acercó y me tomó del cuello.

—Buenas noches, hijito, es hora de que sueñes, es hora de que estés por fin en paz —se agachó a decirme al oído mientras me apretaba el cuello cada vez más fuerte, hasta que me empezó a doler y me faltó el aire. Traté de gritar, pero no pude. Si mi mamá no hubiera entrado en ese momento, a lo mejor... a lo mejor... sólo escribirlo me da pavor. Pero ahora sí estoy completamente seguro: ése no era mi papá. Era el otro, el que dice la anciana, *Él*. Mi papá nunca hubiera tratado de estrangularme. Claro que mi mamá se dio cuenta de que algo raro había pasado allí porque cuando mi papá me soltó yo traté de recuperar el aire y se me notaba en la respiración.

—Alex, ¿qué te pasa?

—Nada, ma, tragué chueco tantita saliva.

Y me fui a encerrar en mi cuarto. Le pedí a Mercurio que si oía cualquier cosa rara en la noche, ladrara para despertarme. Fue inútil, de todos modos no pude dormir. Pensaba a ratos y también temblaba un poco. Recordé lo que me había dicho la anciana. Que la pomada me acercaba a él. Y yo no brincaba de gusto por acercarme a alguien que pretende apoderarse del cuerpo de mi papá para matarnos a mi mamá y a mí, pero tenía muchas dudas, y cuando la usé las veces anteriores había descubierto algunas cosas. Así es que me la puse.



Esta vez el sueño fue mucho más claro, y también muy raro. De nuevo yo estaba en el viejo cuarto del niño. Sentía mucho más dolor que la otra vez y ahora se extendía por todo mi cuerpo. No podía moverme ni hablar. Estaba solo en el cuarto y afuera se oían voces.

De pronto entró un hombre trajeado con un maletín, seguido del otro que ya conocía, quien se suponía era mi papá en el sueño anterior. Quise hablar, pero no me salían las palabras. El hombre de traje se sentó en la cama junto a mí. Me miró con mucha tristeza. Del maletín sacó un aparato para escuchar los latidos de mi corazón. Me tocó la muñeca y luego la frente. Era un médico.

—Es inminente —dijo—. Probablemente ya no reaccione. Es cuestión de esperar.

Mi supuesto papá tragó saliva. Respiró muy hondo y con los hoyos de la nariz muy abiertos. Parecía que estaba tragando un montón de lágrimas.

—Esa maldita —dijo con rabia—. Ella es la culpable de esto.

—Ya le he dicho que no —habló el médico con voz firme—. En

estas cosas no hay culpables.

—¡Pero ella se lo dio, de ella vino! —gritó él, y esta vez sus ojos se llenaron de llanto.

El médico se levantó y le puso la mano en la espalda tratando de consolarlo.

—Es verdad que el gen causante de la enfermedad de su hijo es transmitido por la madre —explicó—, pero ella no tiene la culpa. Lo ignoraba, y podía no habérselo transmitido. De hecho, si tuvieran otro hijo, posiblemente su vida sería sana y normal.

—Eso no va a suceder —dijo el hombre sin quitarme de encima esos ojos llenos de enojo y tristeza.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó el médico—. Me gustaría explicarle...

—Ella... no está —interrumpió el hombre—. No sé cuándo vuelva.

El médico se agachó hacia mí y volvió a ponerme la mano en la frente.

—¿Qué... qué puedo hacer por él? ¡¿Qué más puedo hacer por él?! —gritó el hombre con las palabras entrecortadas por el llanto.

—Nada. No puede hacer nada. Solamente espere... y sea fuerte.

El médico volvió a darle unas palmadas al hombre en la espalda y salió de la habitación. Un momento después se escuchó cerrarse la puerta principal del departamento. Fue entonces cuando él se sentó, o mejor dicho, se derrumbó sobre mi cama, llorando como yo nunca había visto llorar a alguien.

—¡No voy a dejarte sufrir, no puedo! —murmuraba mientras sus lágrimas empapaban mi cara. Me lastimaba el contacto de su brazo con el mío.

—No vas a sufrir más, mi ángel.

Me lastimaron sus manos al tocar mi cabeza y mi cara. Y aún más cuando llegaron a mi cuello.

Entonces él apretó, apretó mucho, mucho, mientras me decía al

oído:

—Es hora de que sueñes... es hora de que estés por fin en paz.
En eso desperté, empapado en sudor y lágrimas.

Quince

Alejandro le pidió permiso a su mamá para comer en casa de su amiga Gabriela aunque ella no lo hubiera invitado. Necesitaba estar lejos de ese departamento al menos por una tarde y hablar con alguien del sueño que había tenido y de la... ¿coincidencia? entre las palabras del hombre del sueño y lo que unas horas antes le había susurrado su papá en el oído.

—¿Quién es esa amiga tuya Gabriela? —preguntó su mamá con tibieza. Alejandro ya le había comentado de cuando ella y su hermano Juan Luis lo visitaron. Sin embargo, parecía ilógico pretender que ella recordara o pensara en algo distinto a la situación de su esposo. Incluso esta pregunta se la había hecho con un interés vago, lejano, el mismo con el que escuchó la explicación de Alejandro sobre ese ficticio trabajo en equipo, el cual duraría hasta las seis o siete de la tarde.

—¿Hasta las seis o siete? —dijo su mamá, también con una lejana inquietud.

—O en cuanto termine, me regreso a la casa lo más pronto posible.

—Está bien, pero déjame el teléfono, si se hace más tarde yo voy por ti.

—No, Juan Luis, su hermano, me va a acompañar, es más grande, tiene quince años.

La mamá de Alejandro ya no respondió nada. Esperó a que él apuntara el teléfono y después guardó el pedazo de hoja de cuaderno en el bolsillo de su pantalón.

A Alejandro le daba vergüenza pedirle a Gabriela que lo invitara a comer. ¿Y si ella tenía algo que hacer? En ese caso, ya encontraría en qué entretenerse. Con tal de no volver a su casa después de clases era capaz de pasarse la tarde sentado en la banqueta fuera del colegio; así podría pensar las cosas con más calma, y sacudirse un poco el miedo que supuestamente no debía padecer, pero insistía en apoderarse de él a cada momento.

No fue necesario llegar a eso. Gabriela aceptó invitarlo a su casa; lo peor podría ser que no alcanzara la comida, pero siempre había palomitas para microondas en la alacena.

—¿No te importa comer palomitas?

—¡No, claro que no! Gracias, muchas gracias, en serio, muchísimas gracias, de veras...

A Gabriela le extrañó un poco la vehemencia del agradecimiento de Alejandro. No sería hasta llegar a su casa y en compañía de Juan Luis, cuando Alejandro les contara a ambos lo ocurrido el día anterior con su papá, con la anciana, y posteriormente en su sueño.

—Ahora entenderás —se dirigió a Gabriela— por qué no me importa si no hay comida, ni hambre tengo, y no quiero ir a mi casa porque mi papá me va a estrangular, igual como al niño del sueño lo estranguló su papá.

Gabriela se puso pálida. Alejandro sospechó que también había perdido el apetito, y aunque sintió pesar por ello, éste se diluyó entre los nervios y la emoción cuando a los hermanos les contó lo ocurrido.

Juan Luis lo miró por un rato con la frente arrugada, aparentando mucha concentración.

—Si vamos a creer lo que dijo la anciana, eso significa descartar mi primera tesis, que el espíritu del asesino del reportaje era el que se

quería apoderar de tu papá.

—Yo creo que es el del hombre de mis sueños de pomada. ¡Anoche dijo las mismas palabras!, ¡exactamente las mismas! Y el que veo ahí no es el mismo que estaba en las fotos del libro. Para nada.

Gabriela se levantó y salió de la habitación de Juan Luis pretextando que necesitaba ir al baño.

—De acuerdo —continuó Juan Luis—; digamos que es ése. Al parecer también mató a su hijo, pero él tenía una razón.

—Ese niño estaba enfermo —acotó Alejandro.

—Y mató a su mujer porque, según él, ella había tenido la culpa de la enfermedad del hijo.

—Eso entendí yo también —suspiró Alejandro—, pero aunque tengamos razón, ¿de qué sirve saberlo? ¿Qué debo hacer?

Juan Luis siguió haciéndole preguntas, y también le pidió algunos detalles, mientras Alejandro observaba el atardecer desde la ventana y respondía a media voz. Se sentía muy cansado de todo eso.

—Habla nuevamente con el niño misterioso —dijo Juan Luis después de un silencio que a Alejandro le pareció de horas. Para esa respuesta no había valido la pena esperar tanto.

Para entonces Gabriela ya se había asomado una vez para ofrecerles frescos y ahora volvía a hacerlo para pasarle el teléfono inalámbrico a Alejandro. Era su mamá: lo quería de vuelta en casa.

—¡Pero mamá, quedamos a las seis o siete!

—Falta un cuarto para las seis. Por favor, Alex, te necesito aquí, no quiero problemas con tu papá, ¿de acuerdo?

La pregunta era de adorno. Ese tono no admitía otra respuesta que “está bien”.

—Tengo que irme. No quiere problemas con mi papá —dijo Alejandro en tono irónico.

Juan Luis lo acompañó y habló mucho en el camino, pero no le dijo algo realmente útil, salvo que recordara lo de “el único sitio

donde hay vida”.

—Sólo te han pedido dos cosas: no tener miedo y buscar algo en el único lugar donde hay vida. Lo primero no sé cómo le has hecho para que te salga, pero te falta investigar más sobre ese lugar. Si quieres ahorita podríamos hacer algo.

—No, ahora no, oí a mi mamá medio enojada o preocupada. Tensa, como está últimamente.

Juan Luis lo entendió y quedó de ir más temprano al día siguiente. Trató sin éxito de darle ánimos; le preocupó verlo así. Parecía mucho más apagado que de costumbre. Casi agotado. Se despidió de él con una comprensiva palmada en el hombro.



Juan Luis tenía razón. Acercarse a su casa había agudizado el cansancio de Alejandro a tal grado que dudó si podría subir las escaleras. Le dolían mucho las piernas, como si hubiera corrido o hecho un gran esfuerzo. Tuvo que sentarse un momento en el primer escalón del tramo hacia el tercer piso. Allí lo asaltaron de nuevo los pensamientos sobre su sueño de la noche anterior. Pensó en aquel niño y en su terrible enfermedad: había sido tan terrible que hasta su propio padre lo había matado para evitarle más sufrimiento... y también a la mamá, a quien creía culpable. ¡La mamá!

El corazón de Alejandro empezó a latir con fuerza. ¡Cómo no lo había pensado, ni se había preocupado! Su mamá estaba sola con su papá en el departamento. Se apoyó en el barandal para levantarse y sintió dolor al estirar las rodillas. Subía con dificultad los escalones. ¡Tal vez por eso su mamá lo había llamado, tal vez había visto algo y tenía miedo! Los latidos de su corazón se extendían hacia todo su cuerpo al dejar atrás cada escalón. Hasta ese momento lo pensó: ¿y si llegaba y su papá había...? No, ella se defendería, ¡él no podría hacerlo! Pero el papá del niño del sueño lo había hecho, y el papá de la otra niña también...

Alejandro había olvidado sus promesas. Al acercarse a la puerta de su departamento sintió un miedo contra el que jamás hubiera podido luchar. Las manos le temblaban incontrolablemente e hizo varios intentos antes de lograr introducir la llave en la cerradura. No logró hacerlo. Antes, la puerta se abrió desde dentro.

Alejandro se abalanzó hacia su mamá y sintió que casi se desmayaba en sus brazos mientras el dolor de sus piernas se desvanecía junto con el miedo.

Dieciséis

Alejandro intentó escribir en su diario, pero esta vez estaba demasiado inquieto como para hacerlo. Aunque ver a su mamá con vida — después de haberla imaginado como la mamá de aquella pobre niña— lo había tranquilizado, e incluso le había quitado el extraño dolor en las piernas, ella ahora no estaba en casa. Por eso lo había llamado. La encontró un poco más animada. Se había recogido el pelo y tenía un ligero color en los labios.

—¿Qué pasa, Alex? —le preguntó; no había advertido el semblante descompuesto de su hijo, pero le pareció extraño que se abalanzara en sus brazos como si no la hubiera visto en meses.

—Nada, ma, es que... te extrañé hoy en la tarde —respondió él sin reprimir una sonrisa que ella le correspondió satisfecha. Pensó que Alejandro iba a volver refunfuñando por la imposición, y ahora él no podía dejar de abrazarla.

—Bueno, pues ahora me vas a extrañar un poco más, porque saldré un ratito. Por eso te pedí que volvieras, para que mientras le echas un ojo a papá.

—¡¿Qué?! —exclamó él—. Pero, ¿por qué?, ¿a dónde?

—Voy a tomar un café con Carmen. Vino sólo para verme, está preocupada por mí, y a mí también me vendría bien un...

—Ah, bueno, sí —interrumpió Alejandro—, pero... ¡mejor

invítala! Hay café ¿no? Y puedo ir a la tienda por unas galletitas, si quieres...

—Gracias, corazón, pero —su mamá suspiró— necesito salir un rato. Tal vez no te des cuenta porque vas a la escuela y en las tardes te das tus vueltas a la calle o con tus amigos, pero estar aquí todo el tiempo puede resultar un poco agobiante. Necesito algo de aire, eso es todo, no me tardo.

Alejandro tragó saliva. Por un lado entendía perfectamente a su mamá; ella necesitaba alejarse de allí porque él mismo había experimentado esa sensación, pero por otro, la idea de quedarse solo en el departamento con su papá lo aterrizzaba.

“No debes tener miedo”, escuchó de nuevo en su cabeza la frase en las voces del niño misterioso y de la anciana al unísono... esta vez parecía imposible de cumplir.

—Te lo prometo, Alex, no me tardo —le reiteró su mamá y le dio un beso en la frente—. Voy a la cafetería junto a los cines, no está a más de cinco cuabras de aquí. Papá está dormido, pero si te pones nervioso, vete a nuestro cuarto, nada más no lo despiertes porque sigue de un humor medio raro.

Alejandro suspiró. Estaba nervioso, desde luego, pero lo último que haría sería irse a acostar junto a su papá. Su mamá le contagió algo del ánimo que le infundía salir un rato para platicar con una amiga. Hubiera preferido que se quedara a su lado, pero al salir de ese edificio al menos ella estaría a salvo.

Su mamá cerró la puerta tras de sí y Alejandro se quedó un momento pensando, respirando profundamente y acariciando la cabeza de Mercurio. Pronto se cansó de estar sentado y sintió frío; el aire del otoño se colaba por debajo de la puerta. Tenía cosas por investigar, pero ya había oscurecido y Juan Luis había prometido ayudarlo al día siguiente. Sería mejor esperar. Aprovecharía esa noche para trazar un plan. Fue a su recámara y sacó su diario, pero le fue

imposible escribir. Estaba demasiado inquieto. Jamás pensó que estar solo en casa con su papá podía provocarle ese sentimiento. “Claro — recordó—, el señor de la recámara de junto no es mi papá”.

Quiso verificar si él seguía dormido. Tal vez lo mejor sería hacer guardia en la puerta de su recámara y, al menor indicio de que fuera a despertarse, huir de allí y correr sin descanso hasta la cafetería donde se encontraba su mamá.

Caminó con cuidado seguido por Mercurio, tratando de no hacer rechinar el piso de madera. Casi al llegar se detuvo para callar a Mercurio, que se había puesto tan nervioso como él conforme se acercaban a la recámara de sus papás.

—¡Shhhh, Mercurio! —murmuró y se puso en cuclillas para sujetarle el hocico con la mano—. ¡Sólo vamos a vigilar que siga dormido!

Con trabajos logró cargarlo; ya no era el cachorrito diminuto al que levantaba fácilmente cuando se lo regalaron. Mercurio se agitaba en sus brazos; le costaba trabajo sostenerlo, pero al menos había logrado amortiguar el ruido. En ese momento había pocas cosas más inconvenientes —por no decir peligrosas— que despertar al hombre dormido en la recámara de sus papás...

...cuya cama estaba vacía.

Alejandro tragó saliva, soltó a Mercurio y empezó a sentir de nuevo los latidos de su corazón golpeándole el pecho.

—Pero... ¿dónde es...?

—Aquí, mi ángel... —lo interrumpió la voz del hombre de sus sueños detrás de él. Hizo un gran esfuerzo para no desplomarse en el suelo. Mercurio ladraba desesperado a sus espaldas.

Con trabajos logró volverse. Ahí estaba él, con esos ojos ajenos en el cuerpo de su padre. Esa voz.

—No voy a dejarte sufrir más, mi niño...

Esas palabras. La mano escondida en la espalda donde

seguramente estaba el cuchillo.

—Tienes que descansar ahora...

Esas palabras de nuevo...

Alejandro no lo pensó más. Dominó el temblor de sus piernas y corrió. El hombre que usurpaba el cuerpo de su papá corrió detrás de él. Mercurio se interpuso y le dio a Alejandro tan sólo unos segundos de ventaja antes de ser apartado del camino con una patada.

Alejandro respiró aliviado al darse cuenta de que su mamá no había cerrado con llave la puerta del departamento. Alejandro la abrió, pero tras él escuchó un forcejeo, los gruñidos de Mercurio y las exclamaciones del hombre. El perro estaba prendido de la pierna del pantalón mientras su ocupante intentaba deshacerse de él con violentas sacudidas. Alejandro vio que en la mano de su padre, en efecto, se agitaba un cuchillo.

—¡Mercurio, aquí! ¡Corre!



Mercurio se volvió hacia la voz de su amo, soltó el pantalón justo antes de recibir una cuchillada y corrió hacia Alejandro. En su carrera tiró la mesa del teléfono; él tropezó con ella y cayó al suelo: unos segundos más de ventaja.

Alejandro y Mercurio corrieron juntos por el pasillo hacia las escaleras, pero la voz del hombre volvió a sonar detrás de ellos.

—Es hora de descansar, mi ángel.

También sus pasos. Renqueaba. ¿Era posible que Mercurio lo hubiera lastimado? Tal vez había sido la caída. Pero Alejandro no se confió. Las piernas del hombre eran más largas que las suyas, y aún herido podía darles alcance.

Alejandro procuró bajar con cuidado sin reducir demasiado su velocidad. Conforme lo hacía, la poca luz proveniente del departamento disminuía. Mercurio era mucho más rápido; lo esperó en el descanso de la escalera sin dejar de gruñir. Cuando su perro empezó a ladrar, supo que él estaba de nuevo a la vista.

A la mitad del segundo tramo de la escalera, cuando la oscuridad era casi completa, ante los ojos de Alejandro apareció la cara del niño, aún más fantasmal que las veces anteriores. No sabía si en su cabeza, o frente a él, en la escalera, pero ahí estaba, con su cara demacrada y sus grandes ojeras. La impresión de verlo otra vez en medio de la oscuridad le hizo perder la concentración y tropezar. Por suerte fue a sólo tres escalones del descanso del tercer piso y no se hizo daño. O al menos eso pensó. Desde el suelo escuchó de nuevo la voz del niño:

—Búscame... búscame donde hay vida.

Al levantarse sintió dolor. ¿Se había lastimado a causa de la caída? No, el dolor no era del golpe. Lo había sentido antes, justamente al subir las escaleras al regresar de casa de Gabriela. Comenzaba en la cadera y se extendía hacia las rodillas, donde era peor. En ese momento, con la imagen del niño misterioso aún en su cabeza, comprendió todo. No se había golpeado al caer. Había sentido ese

dolor en sus sueños. El mismo dolor que había sentido ese niño. Sin soltarse del barandal continuó bajando con dificultad guiado por los gruñidos de Mercurio.

El dolor aumentaba a cada momento.

—Ya no vas a sufrir, mi niño... por fin vas a descansar —sonaba macabramente dulce la voz a sus espaldas.

Faltaba un piso para la planta baja cuando Alejandro se preguntó qué haría. Correr las cinco cuadras que lo separaban de la cafetería donde estaba su mamá, así como estaba, era imposible. Como sentía las piernas dudaba en llegar siquiera a la puerta de la calle.

Pero el miedo y el instinto de supervivencia fueron más fuertes que el dolor. Alejandro logró llegar a la puerta de la calle y para entonces ya tenía decidido a dónde ir. En su llavero había metido las llaves de la lavandería y del jardín trasero. Podía encerrarse allí y esperar a que volviera su mamá.

La luz de la calle iluminó la figura de su perseguidor. Alejandro se fijó en sus ojos y en su cara. Ya no estaba en el cuerpo de su padre. Quien lo perseguía era el mismo que lo había estrangulado en su sueño de la noche anterior. Alejandro cerró con fuerza los ojos y los volvió a abrir. ¡Tenía que haberlo imaginado! Pero no, lo confirmó al mirarlo de nuevo: quien iba tras él era el hombre de sus sueños, en su propio cuerpo.

Valiosos segundos se perdieron en la verificación. Mientras Alejandro intentaba dominar el dolor para abrir la puerta del edificio, Mercurio enfrentó al hombre para impedirle descender por las escaleras.

Alejandro cerró los ojos y con ambas manos dio vuelta a la llave. Con toda su fuerza reunida en su brazo derecho jaló la puerta.

—¡Mercurio!

El perro corrió y alcanzó a Alejandro. El hombre bajaba las escaleras lentamente tras ellos; Alejandro notó que su dificultad para

caminar se había agudizado. Parecía tener lastimadas ambas piernas. Se sintió agradecido por tener consigo a Mercurio.

Alejandro se encucilló para abrir el cerrojo de la puerta de la lavandería y sintió como si alguien le hubiera atravesado las rodillas con picahielos. Gritó de dolor.

—Ya mi niño, no vas a sufrir —dijo la voz.

Aún no parecía estar demasiado cerca y eso le dio un ánimo que se tradujo en fuerza. A pesar del intenso dolor, Alejandro logró abrir la puerta, ponerse en pie y correrla. Pensó en cerrarla desde adentro, con llave, pero él ya se había acercado demasiado y no soportaría agacharse de nuevo por el dolor en las rodillas. De todos modos tenía una ventaja sobre el hombre: ya había estado allí, recordaba los obstáculos. Ya se había tropezado con el tubo que atravesaba el pasillo entre las dos filas de lavadoras. Eso no le volvería a ocurrir.

Llegó a la puerta del jardín con la llave en la mano. Esta vez no le costó meterla en la cerradura, había hecho un gran esfuerzo de concentración. Pero al intentar darle vuelta, no se movió.

—No te preocupes, mi ángel, ya no vas a sufrir.

Tal vez fue la voz del hombre a sus espaldas lo que le dio energías para soportar el sufrimiento de forzar los músculos. El dolor de las piernas se había extendido hacia arriba y lo sentía incluso en la punta de los dedos. Dejó salir unas lágrimas. La voz se acercaba cada vez más; posiblemente el hombre ya había superado el obstáculo del tubo pues a esa velocidad era difícil que tropezara.

Mientras pensaba en esto, y casi sin darse cuenta, Alejandro logró darle vuelta a la llave. Estaba agotado, pero no podía dejarse caer. Salió con Mercurio al jardín y volvió a cerrar la puerta desde fuera, justo después de escuchar un grito de dolor. Después de todo, y aunque sin llegar a caer, el hombre había tropezado con el tubo.

Desde la seguridad del jardín, Alejandro tomó un momento para observar al hombre y permitirse sentir cierta alegría al confirmar que

era el personaje de sus sueños y no su papá. Caminaba hacia el ventanal del jardín con una mueca de dolor; sus ojos bien abiertos fijos en Alejandro. La poca luz filtrada en la lavandería alcanzó a iluminar el cuchillo que blandía el hombre. Alejandro, instintivamente, verificó si la puerta estaba bien cerrada. Algo raro ocurría. No veía su mano en la manija; no era su mano la que temblaba y dolía intensamente con el esfuerzo.

Alejandro levantó la vista. El rostro del hombre estaba frente a él, al otro lado de la ventana, en la que se reflejaba su propia imagen.

Que ya no era su imagen.

En el reflejo de la ventana, bañado por la luz de la luna no estaba su rostro, sino el del niño misterioso.

Diecisiete

A pesar de haber revisado que la puerta del jardín estaba bien cerrada, Alejandro no se sintió a salvo. La sorpresa de ver su imagen transformada lo hizo caer al suelo. Ahora sentía su cuerpo increíblemente débil y Mercurio lo miraba con desconfianza.

—Soy yo, amigo, soy yo, Mercurio —las palabras emergían con dificultad de su garganta. El perro no se decidía a acercarse.

Alejandro intentó levantarse, pero ya no lo logró. El hombre tiró de la manija. Al verla cerrada con llave, gritó. Sus ojos estaban fijos en el niño que se arrastraba con dificultad hacia la esquina del jardín donde había pasto y crecía la enredadera. Desde ahí, Alejandro miró de nuevo al ventanal de la lavandería. El hombre no se veía por ningún lado. Alejandro tocó el pasto y la enredadera, como si hacerlo fuera la única manera de encontrar una respuesta.

—¿Qué hago? —murmuraba.

Tal vez, de tener aún sus manos, podría haber arrancado el pasto, la planta incluso. Podría haber escarbado la tierra. Pero nada de eso era posible con esas manos débiles y enfermas.

—¡¿Qué hago?!

Lanzó un débil grito que se apagó antes de rebotar en las paredes del edificio y dejó caer las lágrimas, mientras seguía pasando la mano por encima del pasto.

—Amigo, ven, busca aquí. La pelota... búscala...

Alejandro señaló el pasto y Mercurio comenzó a rascar tímidamente. Alejandro quiso ponerle el ejemplo, pero el dolor ya había paralizado sus brazos. Intentó moverse, pero fue imposible. Lo único que podía hacer era seguir llorando.

Un sonido de cristales rotos lo hizo estremecer. Apenas pudo levantar la cabeza. Distorsionada por sus lágrimas, vio la imagen del hombre a través del ventanal. En sus brazos sostenía un banco de madera con el que golpeaba los cristales para abrirse paso.

—Mercurio... ayúdame... la pelota.

El perro redobló sus esfuerzos.

—Ya voy, mi ángel, a liberarte de tu sufrimiento —dijo el hombre.

El ventanal había quedado libre de cristales y el hombre se agachó para pasar por debajo de las rejas.

—Ayuda, ayuda —murmuraba Alejandro con voz cada vez más apagada. Escuchó los esfuerzos del hombre para pasar por debajo de la reja inferior. También escuchaba el sonido de las uñas de Mercurio contra la tierra. Ya no podía volverse. El dolor se había apoderado de su cuello. Ahora sólo podía ver el cielo oscuro y la luna, entre las paredes y ventanas del edificio.

Por el sonido supo que el hombre había logrado pasar al jardín y ahora se ponía de pie. Le dolía hacerlo. Alejandro escuchó sus gemidos y después los pasos difíciles cada vez más cerca.

El hombre miró al niño en el suelo. Estaba sufriendo. Tenía que acabar con eso ya. Miró sus manos vacías con extrañeza. No traía el cuchillo. Se asomó a la lavandería y vio el reflejo de la hoja sobre una de las lavadoras, fuera de su alcance. Se maldijo. No volvería a deslizarse bajo las rejas para recogerlo. No había tiempo. Su hijo sufría y él debía detener el dolor y la agonía lo más pronto posible.

Alejandro dejó de ver la noche y en su lugar miró los ojos inyectados del hombre frente a él.

—Adiós, mi ángel, es tiempo de descansar —escuchó al ver las manos temblorosas aproximándose a su cuello. Ese dolor se confundía con el del resto de su cuerpo y era tan intenso que Alejandro casi deseó que el hombre se apresurara para acabar de una vez con todo aquello, como había prometido. Estaba dejando de respirar. Cerró los ojos de nuevo y esperó. Era el final. Quiso derramar otra lágrima al comprenderlo, pero ya ni para eso le sirvió el cuerpo.

Un potente sonido lastimó sus tímpanos; Alejandro reaccionó y se sorprendió al ver que era capaz de llenar sus pulmones de aire. Sentía una gran opresión en el pecho, pero no había dolor. ¿Acaso así era la muerte?

No podía serlo: el sonido lo producía Mercurio, que ladraba en su oreja. Abrió los ojos. La noche estaba sobre él de nuevo y no los ojos del asesino. Trató de incorporarse usando el esfuerzo necesario para la debilidad que padecía. Lo hizo fácilmente: la debilidad había desaparecido. La opresión en el pecho se debía al peso del cuerpo inerte del hombre sobre el suyo. Lo empujó para darle la vuelta. No era el asesino, sino su papá. Miró sus manos, que de nuevo eran las suyas.



Mercurio no dejaba de ladrar. Alejandro se volvió. Donde antes estaba el pasto ahora había un hoyo. Mercurio movió la cola y metió el hocico dentro. Cuando lo sacó de nuevo sostenía algo en él. Alejandro no tuvo la menor duda: se trataba de un hueso.

Un pequeño hueso que pertenecía al esqueleto de un niño.

Alejandro se quedó en el jardín, abrazando a su papá, hasta que los golpes en la puerta de la lavandería y los gritos de su mamá lo hicieron reaccionar.

—¡¿Qué hacen allí?! ¡¿Qué pasa?!

El papá de Alejandro abrió los ojos. Miró a su hijo y lo abrazó como si tuviera mucho tiempo sin verlo. Como si hubiera vuelto de un largo viaje.

Alejandro le dijo en voz baja que todo iba a estar bien. Y esta vez,

también lo creyó.

Epílogo

Estoy estrenando cuaderno. Todavía tengo el anterior, pero pensé que no era conveniente toparme con esos dibujitos macabros cada vez que se me ocurriera escribir mi diario.

Encontré al niño misterioso y eso acabó con la pesadilla. Para ser honesto, no lo hice yo, sino Mercurio.

Mi papá no recordaba prácticamente nada desde que nos mudamos al viejo edificio. Le hicieron otros estudios, pero tampoco revelaron gran cosa. Sólo que estaba cansado y bajo los efectos de una larga etapa de ansiedad. Pues cómo no.

Vino la policía a investigar sobre los huesos. Nos dijeron que, en efecto, habían sido de un niño de unos once años. Llevaban enterrados como setenta años, o sea, poco más o menos la edad del edificio. Mis papás recibieron estas noticias con la boca abierta. Mi mamá dijo que sus antepasados, los dueños originales del edificio, habían vivido allí cuando se construyó.

—¡Pues qué esperamos, hay que averiguar! —le dije.

Ella sólo negó con la cabeza y cerró los ojos. No parecía entusiasmarle mucho la idea. Tal vez tenía miedo de descubrir que uno de sus antepasados fue quien hizo eso.

Después mis papás me confesaron que sí sabían sobre el otro crimen, el del hijo de la anciana, y no habían querido decirme nada

para no asustarme. No entendían por qué yo sonreía y negaba con la cabeza mientras me lo decían.

La noche que encontramos los huesos, mi mamá no podía explicarse qué hacíamos mi papá y yo encerrados en el jardín trasero. Tampoco entendía el hoyo junto a la barda ni qué eran esos extraños pedazos que había sacado Mercurio de allí.

Preferí no explicarle nada y ella dejó de hacer preguntas cuando se dio cuenta de que mi papá había vuelto a ser él mismo. Era lo único que parecía importarle.

Esa noche dormimos los tres juntos, con Mercurio al pie de la cama de mis papás. Fue la primera vez que sentí ese lugar, no digamos como mi casa —sería exagerar un poco—, sino como un sitio en donde se podía dormir decentemente.

No sé a qué hora me desperté. Por un momento pensé que todo había sido un sueño. Que iba a encontrarme de nuevo con grietas sangrantes en el techo, peces muertos y todas esas cosas. Pero no. En la tranquilidad de la noche sólo escuché “Ven... ven...”, y la música de la cajita. Caminé rápido al departamento de enfrente. Era extraño. Sentía como si fuera de visita a casa de un amigo.

El cuarto estaba como lo conocía, con la luz amarillenta, los muebles y los juguetes antiguos, cuyo olor antes me había parecido sólo a viejo y ahora sabía que también era el olor de la enfermedad.

El niño se balanceaba en la mecedora, como siempre. Sobre sus ojeras le brillaban los ojos y sonreía como nunca lo había visto hacerlo.

—Lo lograste —me dijo, como si siempre hubiera sabido que así sería. Sólo me encogí de hombros: apenas podía creer que así era.

—¿Qué pasó? ¿Quieres contarme? —le pregunté, sentándome frente a él en el suelo.

—Ya lo sabes. Lo que pasó conmigo es lo que viviste en tus sueños. No voy a decírtelo de nuevo, porque lo sufrí demasiado tiempo y ahora por fin soy libre. Gracias a ti.

Me sonrojé y me arrepentí de haber preguntado.

—Mi padre quería que descansara, pero sólo ahora podré hacerlo. Estuve cerca una vez, antes. También lo sabes. Pero la otra niña, Priscilla, tuvo miedo desde el principio, a pesar de lo que le dije. Habló con sus padres y ellos pensaron que estaba trastornada a causa de la mudanza y no la dejaron salir. No fue difícil para mi papá apoderarse del suyo y... bueno, ya sabes cómo acabó eso.

—Ella, Priscilla... ¿tendría que haberte encontrado?

—Si así hubiera sido, hace más de treinta años yo estaría descansando, pero tuvo miedo. Y no guardó silencio. Ahora ves por qué era tan importante.

Asentí. Bajé la mirada y recordé cómo empezó todo. Sentí un escalofrío, pero sólo en la nuca.

—Bueno —reaccioné—, ahora eres libre porque te encontré, pero... y el espíritu de tu... ¿papá?

—Se ha ido ya de aquí. ¿A dónde? No lo sé aún, pero muy pronto lo sabré.

—Pero... ¿por qué se fue? ¿Qué lo mantenía aquí? Tus... —no me atrevía a decir “tus huesos” y no encontraba otra forma de decirlo.

—No eran propiamente mis restos —él sí encontró otra forma—. Más bien nunca se descubrieron sus crímenes y vivió muchos años cargando con la culpa, hasta que no soportó más y su último recurso fue quitarse la vida. Aún así, el crimen estaba impune y sólo él lo sabía. No sé muchas cosas aún, pero supongo que cuando tienes una carga de ese tamaño no puedes irte... a donde sea que vayas después de la muerte.

—Sus crímenes... o sea que, también mató... a... tu mamá —me costó mucho trabajo decirlo, pero eso no lo había soñado claramente y quería confirmarlo. Él sólo asintió con la cabeza. Me quedé pensando un poco. Intentando, digamos, hacer un resumen.

—Nada me quedó muy claro en realidad —confesé.

—A mí tampoco —dijo él—, pero lo importante es que el crimen ha sido descubierto y, ahora, tanto los muertos como los vivos, estamos libres.

El niño parecía cansado y yo también lo estaba.

—Vete ahora —me dijo—. Yo debía de haberme ido ya, pero no podía hacerlo sin agradecerte.

—No, pues de nada —le dije, y aunque me quedaron muy chicas las palabras, no encontré otras qué decirle—. Sólo una cosa más. ¿Cómo te llama...bas?

El niño se me quedó viendo y sonrió.

—Ha pasado tanto tiempo que lo he olvidado.

—Es que unos antepasados de mi mamá, los dueños de este edificio vivieron aquí cuando se construyó y, bueno, yo... no sé, a lo mejor podrías ser tú, no sé... mi tatarabuelo, o algo así.



—Hay cosas de las que tal vez es mejor no enterarse —dijo, y sin dejar de sonreír se encogió de hombros.

—Mi mamá opina lo mismo.

—Ve, pues, con tu familia que te espera —dijo, y extendió el brazo hacia mí.

Le di la mano y la suya, hecha de aire, me traspasó.

Al día siguiente, cuando desperté, estaba yo solo en la cama de mis papás. La casa olía a café y estaba, no sé, como más iluminada.

Mis papás, de muy buen humor, me comunicaron en la mesa de la cocina su decisión: nos mudaríamos de nuevo a nuestra antigua casa. Ninguno de los dos estaba seguro de todo lo ocurrido en ese edificio,

pero no querían averiguarlo, y finalmente dijeron que “les daba mala espina”. Tampoco comprendieron por qué me reí tanto al oírles decir eso.

Empacamos a una velocidad supersónica. Falté al colegio para ayudar con la mudanza, sin embargo pasé a visitar a Gabriela y a Juan Luis para contarles todo y agradecerles su apoyo.

Antes de que llegaran los camiones de la mudanza, mi mamá ya había firmado el contrato de venta del edificio. La empresa de plásticos que lo compró, en vez de departamentos para familias, pondría ahí sus oficinas corporativas. Era una suerte que el lugar estuviera libre de la maldición, porque, la verdad, no me imagino a un oficinista o a una secretaria lidiando con todo lo que yo tuve que enfrentar.

Miraba cómo los señores de la mudanza subían las últimas cajas cuando escuché (como de costumbre detrás de mí) la voz de la anciana.

—¡Qué bueno verla! —exclamé—. Fíjese que... —ya me disponía yo a contarle todo el rollo, pero me interrumpió.

—Sí, ya lo sé, todo está bien —me dijo sonriendo y me hizo un guiño—. No vine a que me platiques. Vine a que me devuelvas un par de cosas que me pertenecen.

A propósito había guardado el cuaderno y la pomada en mi mochila en lugar de en las cajas.

—Gracias —me dijo al recibirlos—. Por todo.

Era lógico que quisiera el cuaderno, pues era de su nieta, pero me extrañó que quisiera la pomada de vuelta.

—¿Cree que él vuelva? —dije señalando el frasco.

—No, no. Pero también es muy buena contra la artritis.

La anciana me dirigió una última sonrisa y empezó a caminar. La miré hasta que, antes de darse la vuelta en la esquina, se despidió de nuevo con la mano.

Ahora estoy otra vez en mi colonia, con mis vecinos y mis amigos de siempre. Cualquiera podría pensar que estoy loco, pero de pronto extraño la ciudad. No es que quiera regresar a vivir allí; pero un día de éstos me voy a dar una vuelta.

Sólo para verificar que todo marche con normalidad en las oficinas corporativas de la empresa de plásticos.

No había escrito antes una historia de miedo. Tenía ganas de hacerlo y muchos niños, en mis visitas a los colegios, me lo pedían. Quizá no me animaba porque no soy muy fan del género y, las veces que intenté hacerlo, en lugar de algo aterrador me salía algo más bien chistoso. Sin embargo, cuando me invitaron a formar parte del proyecto Chicos y escritores, supe que por fin había llegado el momento de escribirla.

Es la primera vez que comienzo un relato sin tener ni la menor idea de lo que va a seguir, pues ese es el objetivo del proyecto: construir la historia usando las sugerencias de los chicos cibernautas. Pensé, eso sí, en el escenario: un viejo edificio abandonado (basado en uno que conozco, situado frente a la casa de unos primos; lo construyeron nuestros abuelos y... ejem... tiene una lavandería abajo). También me gustó la idea de una historia contada por dos voces: un narrador omnisciente (ese que todo lo sabe y todo lo ve) y el mismo protagonista, Alejandro, que cuenta lo que le sucede en las páginas de su diario.

Recibí muchas sugerencias interesantes. Para crear al vecino misterioso, las propuestas iban desde un fantasma amigable y buena onda, hasta una especie de alienígena. Hubo quien sugirió que Alejandro muriera en el segundo capítulo, lo cual nos hubiera puesto muy difíciles las cosas.

En *Alguien en la ventana* hay muchos elementos que son claras aportaciones de los chicos: los peces muertos cayendo de las grietas del

techo, la decoración de la recámara del niño misterioso, la apariencia e identidad de la anciana que se encuentra, las formas que Alejandro utilizó para no tener miedo, entre otras. También me dieron ideas que fue imposible integrar, como jabones voladores, cazafantasmas, un canario, la vecina del 28, un monito diabólico que acuchillaba a Alejandro, que la anciana fuera una muerta viviente, que el vecino misterioso fuera el mismo Alejandro en un futuro cercano, y muchas otras contribuciones ingeniosas y divertidas que de plano no cupieron en esta historia.

Asimismo, los niños me mandaron varias frases como: “la basura se recoge, como los trozos de un corazón roto, pero el miedo está compacto, como tu cuerpo antes de ser descuartizado”, que sí encontró lugar, y otras más: “llorar es otra forma de expresar el miedo” y “debo comer tu carne para volver a ser humano”, que me gustaron mucho, pero tampoco encontré sitio para ponerlas.

Gracias a todas las participaciones, lo que en principio sería un cuento —o cuando mucho una noveleta—, acabó como lo que recién leyeron, es decir, una novela hecha y derecha. Espero que la hayan disfrutado, yo me divertí mucho escribiéndola. La experiencia fue muy enriquecedora.

Quiero agradecer de manera particular a Max (y a su hermano Carlos) Flor Azalea, Angélica Victoria, Zeltzin, Josías, María Luisa, Ezequiel, Jorge Eduardo Hersch, Raúl Fernando, Renata, Regina, Ana Isabel, Anaid, Valeria y Zoila, Brenda, Erick Iván, Tonatiuh, Alejandro Ainek, Víctor Alejandro, Natalia Sofía, Valeria, César Santiago, Kevin, Paloma, Luis Roberto, María Rosario, y muy especialmente a Alba, quien desde España participó con mucha constancia —y mucho talento—, de principio a fin.

También, por supuesto, a todas las personas que hacen posible el espacio único de Chicos y escritores y al Fondo de Cultura Económica por publicar las obras que de él resultan.

Mónica Beltrán Brozon

www.mbbrozon.com

Alguien en la ventana

Alejandro deja atrás su barrio y sus amigos para mudarse a un viejo edificio que su mamá ha heredado. Es ahí donde conoce a un niño que le pide un favor muy especial: no tener miedo. Pero, ¿qué tan difícil es mantenerse en calma cuando caen peces del techo, sueñas cosas malignas, haces dibujos extraños y tienes que callarlo todo por una promesa?



*A LA
ORILLA
DEL
VIENTO*

184

Para los que leen bien